BOLSILIBROS BRUGUERA

la conquista del ESPACIO

CIRCO GALACTICO

glenn parrish

CIENCIA FICCION



BOLSILIBROS BRUGUERA

la conquista del ESPACIO

CIRCO GALACTICO

glenn parrish

CIENCIA FICCION



LA CONQUISTA DEL ESPACIO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS

EN ESTA COLECCIÓN

1. — La rana, Marcus Sidéreo.
2. —Viaje a la locura, *Kelltom Mclntire.*
3. — Después del fin, *Burton Haré.*
4. — Yo vendí el planeta, *Curtís Garland.*
5. — Tildrich, base uno, *Kelltom Mclntire.*

GLENN PARRISH

CIRCO GALACTICO

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 270

Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA — BOGOTA — BUENOS AIRES —
CARACAS — MEXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito legal : B. 32.879 - 1975

Impreso en España - Printed in Spain

1.a edición: octubre, 1975

© Glenn Parrish - 1975

texto

© Miguel García - 1975

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.** Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**

Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1975

CAPÍTULO PRIMERO

Con un gruñido de alivio, pero en el que había también una buena dosis de rabia, Jan Schyller se dispuso a tomar tierra en un lugar al que en otras circunstancias, no habría ido jamás, ni por todo el oro de la Galaxia. Pero ahora las cosas eran diferentes, y gracias que había podido encontrar aquel mundo remoto en su camino, en donde pararse para ver de reparar la avería con más tranquilidad y seguridad que en el espacio.

La pequeña astronave se detuvo en el centro de lo que parecía un ameno prado, en el que abundaban las plantas silvestres, de gran belleza, con numerosas flores, semejantes a margaritas y crisantemos, pero de enorme tamaño, más aún que los girasoles. El paisaje habría resultado encantador, de no ser por la media docena de volcanes en actividad que vomitaban llamas y humo en el horizonte, no demasiado lejano, por otra parte.

Schyller saltó al suelo y contempló el panorama durante algunos minutos. La tierra tembló sordamente cuando uno de los volcanes lanzó a las alturas un enorme chorro de materias en fusión, junto con una colosal masa de humo y polvo volcánico. El calor era elevado, aunque no excesivamente incómodo. Dado que la atmósfera era perfectamente respirable, Schyller podía permitirse el lujo de trabajar en mangas de camisa.

La avería no era grave. Un par de clavos rotos, pero tenía que desmontar una de las planchas exteriores del casco de la nave. Hubiera podido hacerlo en el espacio, pero sólo disponía de un traje y tenía un par de agujeros, que anulaban su estaquedad.

Schyller se rió agriamente de sí mismo.

—Deberla buscar un asteroide, junto a una espacio-línea frecuentada, y ponerme allí a pedir limosna —dijo a media voz, mientras empezaba a trabajar.

De repente, cuando estaba a la mitad de la tarea, oyó un gruñido:

—¡Eh, tú!

Schyller se volvió. Estaba a unos doce metros del suelo, y se dejó resbalar rápidamente por la soga que había amarrado a un saliente del casco.

—Darme esa nave —dijo el individuo—. Yo comprar...

—Ni hablar —contestó Schyller—. Es mía y no la vendo.

El desconocido, surgido tan inesperadamente, le miró. Schyller, a su vez, le estudió con todo detenimiento.

Tratábase de un sujeto enorme, más de dos metros, muy corpulento, largos cabellos rojizos, abundante barba y piernas como troncos de olivo. Tenía una especie de coraza flexible, de algo parecido al cuero, y llevaba al cinto un enorme espadón. En la mano derecha se veía un largo venablo, con la hoja semejante a un arpón dentado. A la espalda, y dentro de una especie de aljaba, había media docena de venablos más.

—Yo querer nave —dijo el gigante.

—No —respondió Schyller.

—Entonces, tú morir. Frador matar a ti

El gigante alzó la mano derecha, y disparó el venablo con tremenda potencia. Schyller se enfureció.

Con un hábil quiebro, esquivó el mortífero proyectil, que pasó silbando junto a su costado izquierdo. Luego, ciego de ira, pero no tanto que perdiese la razón, se abalanzó hacia su contrincante, que se

disponía a sacar la espada en aquellos momentos.

En el último instante, Schyller saltó con los pies por delante y golpeó la cara del sujeto, tirándole de espaldas al suelo. Se oyó un atroz rugido, y la espada saltó de la mano de su dueño.

Frador quedó tendido, algo aturdido, lo que aprovechó Schyller para quitarle la espada. Pero casi en el mismo instante, Frador se puso en pie de un salto, y empuñó otro venablo.

—Yo matar —insistió—. Querer tu nave.

—Y dale. Escucha, Frador; podemos arreglarnos. .

Pero el gigante no quería escucharle, y se arrojó sobre él, dispuesto a atravesarle. Schyller se dio cuenta de que Frador sabía que no podía lanzarle el venablo, puesto que lo esquivaría. Pero utilizándolo como una especie de estoque o, quizá mejor, como lanza corta.

Schyller tampoco era un alfeñique y, aunque nunca labia manejado una espada, sabía más o menos cómo hacerlo. Empuñándola con dos manos, esquivó de un ágil salto el primer ataque, y luego descargó su golpe.

La espada poseía un filo excepcional, porque el brazo derecho de Frador resultó seccionado más arriba del codo. Frador se tambaleó y cayó, arrojando torrentes de sangre por el muñón.

Schyller sintió náuseas ante el sangriento espectáculo. ¿Por qué le había obligado aquel bruto a realizar una acción tan salvaje?, se preguntó.

De pronto, con enorme extrañeza, vio que Frador, en lugar de quejarse, sonreía de modo muy raro.

* * *

La sangre cesó de manar casi repentinamente. El brazo derecho empezó a crecer. Crecía con rapidez exorbitante, casi como en una película de magia. De pronto, Frador se puso en pie nuevamente, con el miembro completamente regenerado, y empuñó un nuevo venablo.

—Tú no poder matarme —dijo, burlón—. Aunque cortar cabeza, yo no morir.

Schyller retrocedió un paso, terriblemente impresionado. Aquel salvaje, que no sabía de dónde había salido, parecía decir la verdad. ¿Era algún ente mítico, una especie de semidiós inmortal?

Frador avanzó otro paso. Schyller retrocedió. Con el rabillo del ojo, vio que el brazo amputado no era ya más que un montoncito de ceniza sobre la hierba.

—¡Espera, Frador! —gritó desesperadamente—. Si necesitas salir de aquí yo te llevaré adonde quieras.

Pero no hay motivos para que dos hombres se maten como salvajes.

—Querer nave. Tú morir —insistió el otro tercamente.

Schyller lanzó una maldición. Tendría que seguir peleando... pero si el otro no moría, él acabaría cansándose, y entonces resultaría irremisiblemente derrotado. Claro que podía dar media vuelta y correr hacia la nave, pero el venablo sería más rápido que él, y alcanzaría su espalda con toda facilidad.

Frador descargó un golpe, que erró. Frenéticamente, Schyller lanzó un terrible tajo con todas sus fuerzas, y cortó una pierna de su adversario. Frador vaciló. Antes de que pudiera recuperarse, Schyller le cortó la cabeza.

—Veremos si ahora resistes —gruñó.

Frador, decapitado y con una pierna de menos, yacía en el suelo, que estaba empapado de sangre. De pronto, Schyller lanzó un grito de horror.

La cabeza y la pierna se regeneraban de nuevo. Frador, no había mentido; no le mataría nunca. Enloquecido, se arrojó sobre él, cuando todavía no se había recuperado, y le atravesó el corazón.

Retrocedió dos pasos. Frador estaba completamente inmóvil.

De súbito, la sangre cesó de manar de su pecho. Un segundo después, abrió los ojos. Luego, lentamente se sentó en el suelo.

Schyller creía hallarse bajo el influjo de una pesadilla. ¿Iba a

pasarse la vida cortándole piernas y brazos al gigante? La espada era grande y tenía un buen filo, pero no era suficiente para partir en dos a Frador, única solución que creía factible para solucionar aquella horrible situación.

El no quería matar, pero menos quería que le matasen, sobre todo, sin razón alguna. Había ofrecido a Frador un puesto en su nave, pero éste había rechazado la oferta, sin atender a razonamientos. ¿Qué otra cosa podía hacer, por tanto?

Quizá...

Si consiguiera hacerle perder el conocimiento, lo ataría de los pies y las manos y, de este modo, terminaría la reparación. Entonces, antes de que Frador pudiera recobrarse, se largaría de aquel planeta...

Frador ya estaba de pie otra vez más. Era el hombre inagotable, pensó Schyller con desesperación.

Sonriendo de un modo especial, Frador empuñó otro venablo. De repente, algo silbó agudamente.

Se oyó un seco chasquido. Frador se puso rígido, sus ojos voltearon horriblemente y, tras un par de pasos vacilantes, cayó al suelo.

—Te hemos librado de buena, ¿eh? —sonó una fresca y alegre voz femenina.

Todavía no repuesto de la impresión que le había causado el súbito incidente, Schyller volvió la cabeza, y contempló el espectáculo que jamás hubiera sido capaz de imaginar.

* * *

Había una hermosa mujer, de largos y ondulados cabellos rubios, vestida con muy poca ropa, sobre una especie de andas, sostenidas por un numeroso grupo de seres de aspecto monstruoso. Sobre las andas había gran cantidad de pieles, en las que ella se reclinaba, con postura llena de sensual indolencia.

En tomo de las andas había un nutrido grupo de aquellos seres,

que tenían aspecto de grandes simios, pero que, evidentemente, eran humanos. Todos eran terriblemente corpulentos y, aunque ninguno rebasaba el metro sesenta, parecían capaces de partir a un hombre en dos, con el único esfuerzo de sus manos.

El cuerpo de aquellos seres era muy velludo, aunque debían tener un cierto sentido de pudor, ya que usaban unos taparrabos de piel. Si el rostro tenía un notable parecido con el de los grandes simios terrestres, el cráneo, en cambio, era muy diferente.

A partir de las cejas, la cabeza estaba completamente pelada, y no parecía que la ausencia de vello se debiera a la navaja de afeitar o herramienta análoga. Además, poseían una especie de cresta córnea, que empezaba en la frente, a dos centímetros escasos del entrecejo, y terminaba en la nuca. No llevaban armas visibles, aunque Schyller pensó que sus manos eran más que suficientes para acabar con cualquier enemigo de similar envergadura.

La extraña comitiva se detuvo a pocos pasos de Schyller. Ella saltó ágilmente al suelo, y se le acercó, con la mano extendida.

—Chócala —dijo efusivamente—. Soy Malia de Vronn.

—Jan Schyller —se presentó él—, ¿Qué haces aquí, Malia?

—He establecido un pacto con los Urduks. Me gustaría saber si estás dispuesto a ayudarme, Jan.

Schyller contempló unos momentos a la mujer. Era joven, unos veinticinco años, como máximo, de cuerpo esbelto, pero con curvas netamente femeninas, apenas veladas por unos trozos de piel en los lugares estratégicos. En torno a la cintura llevaba un ancho cinturón del que pendía una extraña pistola. Su garganta estaba rodeada por una especie de collar, hecho con grandes placas de oro, bárbaramente labradas, pero de indudable valor.

Los simios crestudos aguardaban silenciosamente a pocos pasos. Schyller se preguntó si Malia era una especie de reina de aquellos semihombres.

—¿Ayuda? ¿Para qué? —preguntó.

—Bora, la prometida de Wudo, príncipe de los Urduks, ha sido raptada. También desaparecieron algunos Urduks más, pero es Bora la que nos interesa sobremanera.

—No puedo negarte mi ayuda aunque me gustaría conocer más detalles —dijo Schyller—, Sobre todo, si pienso que me has sacado de una horrible pesadilla. Estaré soñando mucho tiempo con brazos y piernas cortados y regenerados casi en el acto. Me parecía estar condenado a cortar y cortar durante el resto de mis días...

Malia rió alegremente.

—Se ve que eres forastero aquí —dijo—. Los Brumuks tienen esa extraña facultad, en efecto, pero no son inmortales. Es preciso saber dónde tienen su punto flaco para poder acabar con ellos fulminantemente.

—Pues... mira, te agradecería me dieras ese dato, para la próxima ocasión. No me gustaría, por nada del mundo, enzarzarme en otra pelea infinita. Y conste que no fui yo el que la empezó.

—¿Qué es lo que sucedió? —quiso saber ella,

—Oh, es bien sencillo... Apareció Frador, dijo que quería mi nave, y empezó a tirarme venablos. Yo pude cuitarle la espada, pero aunque una vez le corté la cabeza, y hasta le atravesé el corazón, no podía acabar con él. Francamente, no comprendo su tenacidad. Le ofrecí un puesto en la nave, pero él no quiso aceptar.

—Todo o nada, ¿eh?

—Sí,

Malia lanzó una mirada crítica al aparato.

—Es un cascajo, Jan —calificó.

Schyller se encogió de hombros.

—Las cosas no me han ido bien, en los últimos tiempos —respondió—. Pero todavía no me has dicho cuál es el talón de Aquiles de los gigantes.

—La nuca es el único punto vulnerable. Aunque le dispares al cráneo, si no aciertas en una especie de pequeña placa que tienen en la base, seguirán viviendo.

Malia se volvió y lanzó un par de órdenes en un extraño idioma. Dos simios crestudos volvieron boca abajo el cadáver de Frador, y Schyller pudo ver así el punto de impacto del proyectil tan

certeramente disparado por Malia, con su pistola.

—Ya lo sé para la próxima ocasión —sonrió—, aunque ya empezaba a pensar en la posibilidad de hacerle perder el sentido, para atarlo de pies y manos y poderme largar de aquí.

—Habrías perdido el tiempo. Un Brumuk no pierde el sentido, si no es voluntariamente.

—Vamos, lo tienen todo —rezongó Schyller—. De todas formas, gracias, Malia. ¿Hablamos ahora de tus proyectos?

—Sí, gracias —sonrió ella—. Lo siento, pero no dispongo de astronave. Tú sí tienes una, aunque sea un cascajo. Podemos usarla para rescatar a Bora, y partiremos la recompensa que nos han prometido los Urduks.

Schyller frunció el ceño.

—Me pregunto por qué no pueden rescatarla ellos mismos —dijo.

De pronto, se oyó un atroz rugido.

Schyller volvió la cabeza. Entonces contempló un increíble espectáculo.

Uno de los semihombres parecía terriblemente encolerizado. En el principio de su cresta, asomaba una especie de cuerno grisáceo, muy puntiagudo, que surgía con aterradora rapidez de su frente, hasta alcanzar unos veinticinco centímetros de longitud.

Schyller vio el cuerno, y comprendió en el acto por qué los Urduks no necesitaban de armas.

El Urduk rugió de nuevo. Inclinó la cabeza, y se dispuso a cargar contra Schyller.

CAPÍTULO II

En un instante, comprendió Schyller la gravísima situación en que se hallaba. No sabía qué había motivado la furia del Urduk, pero no era necesario ser muy listo para saber que, aunque lo ensartase con la espada, los otros acabarían por destrozarle a cornadas.

De repente, Malla lanzó un grito:

—¡Arrodíllate, Jan! ¡Pídele perdón! ¡Vamos, pronto, antes de que sea demasiado tarde!

Schyller se dijo que ella le pedía humillarse, pero la situación no estaba para pensar demasiado en su dignidad. Hincó las rodillas en el suelo, y juntó ambas manos.

—Perdóname —dijo—. No quise ofenderte...

El Urduk volvió a gruñir. Ella le dijo unas frases amables, en su idioma. Se oyeron más gruñidos. Luego, el cuerno se replegó, hasta desaparecer por completo.

—Ponte en pie, Jan; ya te ha perdonado —dijo Malia.

Schyller se incorporó, resoplando, aunque sin decir nada, a fin de no incurrir de nuevo en un error que pudiera herir la susceptibilidad de los semihombres.

— Pero, ¿qué he dicho yo? —preguntó, acongojado,

—Ellos nos entienden perfectamente, aunque son muy orgullosos y no hablan nuestro idioma. Los Urduks tienen sus leyes, Jan, compréndelo.

Schyller se dio cuenta de que Malia no quería ser más explícita en aquellos instantes, y se abstuvo de insistir.

—De nuevo les pido perdón —dijo—. Acepto colaborar contigo, Malia. ¿Dónde está Bora?

Ella se encogió de hombros.

—Ese es el problema —respondió—. No se sabe quién la raptó, ni el lugar en que se encuentra.

—La buscaremos, la encontraremos, y castigaremos a sus secuestradores —dijo Schyller, con fingida indignación.

Sonaron algunos gruñidos de aprobación. Malia sonrió.

—Tus palabras les han agradado muchísimo —dijo—, ¿Qué le pasa a tu nave?

—Un par de cables rotos, pero no podía repararía en el espacio, y tuve que aterrizar aquí —explicó él.

—¿Cómo? ¿No podías salir al espacio? —se asombró Malia.

Schyller rezongó algo entre dientes.

—La verdad es que estoy más pobre que las ratas —contestó—. Tengo un solo traje de vacío, y está agujereado.

—Vaya, parece que los negocios no marchan bien —comentó ella.

—No marchan de ninguna manera. Si este planeta hubiera estado habitado por gente más pacífica, me habría quedado para buscar oro... pero después de lo que he visto... ardo en deseos de salir en busca de Bora.

Lo que Schyller quería decir era que ardía en deseos de abandonar para siempre aquel mundo tan poco acogedor, pero no tenía ganas de otra pelea. Malia sonrió, porque había captado el sentido de sus palabras.

—Bien, en tal caso, apenas tengas reparada la avería, partiremos —dijo la joven—. Ya te daré detalles, más adelante.

—De acuerdo. Pero se me ocurre una objeción.

—¿Sí, Jan?

—Bueno, no tenemos la menor idea de dónde puede estar Bora. Pero si tenemos que buscaría aquí y allá... eso no se consigue sin dinero.

Malia sonrió extrañamente. De pronto, se volvió y dijo algo a uno de los Urduks.

El Urduk asintió, y descolgó de su cinturón una bolsita de piel, que entregó a la joven. Malia aflojó los cordones de la bolsa.

—Pon las manos, Jan.

Schyller obedeció. Varios chorros de luz blanca, roja y verde, cayeron en las palmas de sus manos.

—Me mareo —dijo Schyller.

Malia lanzó una alegre carcajada.

—¿Te parece poca recompensa? —preguntó.

Durante unos segundos, Schyller contempló, fascinado, aquellas gemas, algunas de las cuales eran tan grandes como cerezas. Con un solo rubí, de los cuatro o cinco que tenía en las manos, hubiera podido comprar media docena de naves como la suya. Y, además, había seis o siete esmeraldas y ocho diamantes.

—Guárdalos —dijo Malia, a la vez que le tendía la bolsa.

—Es... fabuloso —comentó él—. Pero...

—Ya hablaremos en el espacio —cortó la joven—. Después de lo que has visto, supongo, no te negarás a ayudarme.

—Desde luego —Schyller devolvió la bolsa—. La avería estará reparada antes de diez minutos —agregó—. A decir verdad, estaba a punto de terminar cuando me atacó el Brumuk.

—Entonces, al trabajo, Jan.

Schyller se dirigió hacia la escala que le permitiría llegar hasta el lugar de la avería. En el mismo instante, oyó un sordo zumbido, seguido de un terrible gruñido.

Volvió la cabeza. A diez pasos de distancia, un Urduk se tambaleaba, con las manos crispadas en tomo al mango de un venablo profundamente clavado en su velludo tórax.

* * *

Un terrible alarido hendió la atmósfera. Ocho o diez Brumuks, todos ellos muy semejantes a Frador, surgieron de un bosquecillo cercano y, empuñando sus venablos con punta aserrada, cargaron contra los Urduks.

Uno de los semihombres dijo algo a Malia. Ella asintió y retrocedió.

—No intervengas, Jan —dijo—. Esto es cosa de los Urduks.

Schyller contempló la escena, con morbosa fascinación. Los Urduks, valerosamente, se dispusieron a repeler el ataque. Eran unos veinte, casi el doble de los atacantes, pero ya habían caído cuatro o cinco en la primera embestida, derribados por sendos venablos.

Los supervivientes se lanzaron, rugiendo, contra los Brumuks. Schyller pudo apreciar bien pronto la táctica de los Urduks. Esquivaban los golpes de venablo, y buscaban situarse a espaldas de sus adversarios. Cuando lo conseguían, clavaban el cuerno en su nuca. Entonces, el Brumuk así atacado se desplomaba, fulminado.

A veces, se reunían dos Urduks para atacar a un enemigo. Uno lo distraía o, incluso, saltaba sobre él y le agarraba por las orejas con ambas manos, y el otro le clavaba el cuerno, que había salido ya en los inicios del combate.

En pocos minutos, el suelo quedó cubierto de cuerpos humanos y semihumanos. La victoria se decantó finalmente para los Urduks, pero no se consiguió sin bajas: catorce yacían sobre la hierba. Dos Brumuks escaparon, dándose cuenta de que persistía la superioridad enemiga.

Malia respiró, aliviada, A pesar de sus recomendaciones, había tenido la pistola preparada en todo momento. Por fortuna, no le había sido necesario utilizarla.

—Vamos, Jan, termina —dijo.

Schyller asintió. Desde lo alto, pudo ver que Malia conversaba con uno de los Urduks. El semihombre, de pronto, se inclinó, agarró una enorme margarita, y empezó a comerse la flor con aparente deleite.

—No se puede uno fiar de los comedores de flores —murmuró

Schyller, mientras ponía en su sitio la plancha del casco, que le había servido para llegar al lugar de la avería.

Diez minutos más tarde, puso el pie en el suelo.

—Listos —dijo—. Puedes ir a recoger tu equipaje, Malia,

Ella sonrió. Un Urduk se acercaba con un enorme brazado de pieles.

—Es todo mi equipaje —manifestó.

Al mismo tiempo, hacía saltar la bolsa con las gemas en la palma de la mano.

—En Dioricq, renovaré mi vestuario —agregó—. Sabes dónde está, me imagino.

—Sí, claro —contestó Jan.

—Entonces, no se hable más. Cuando quieras... Ah, no hace falta que te despidas de los Urduks; detestan las ceremonias.

Schyller asintió. Momentos después, él y Malia se encontraban a bordo de la nave. Una vez estuvieron en órbita libre, Malia anunció su intención de tomar un buen baño.

—Si es posible —sonrió.

—Puedes bañarte todo el tiempo que gustes —contestó él—. Cuando salgas, tendré lista la comida.

—Es una excelente idea, Jan.

Schyller se sentó en su puesto de pilotaje. Durante unos minutos, contempló el fascinador espectáculo del Universo estrellado. Era algo de lo que no se cansaba jamás. El espacio le parecía siempre nuevo, un lugar maravilloso, donde el espíritu se alejaba por completo de las mezquindades terrenales.

Después de comer, Malia dijo que iba a exponer su plan de rescate de Bora.

—Pero, ¿sabes, al menos, dónde está? —preguntó Schyller.

—No —contestó Malia tranquilamente.

* * *

Schyller sacó dos cigarrillos de “phylline”, la hierba que no dañaba al organismo y lo estimulaba suavemente, sin crear hábito, y encendió el suyo, después de dar fuego a su bella interlocutora. Malia le contemplaba, sonriendo.

—¿Por qué no empiezas por el principio, aunque parezca una redundancia? —sugirió él—. ¿Cómo llegaste a aquel planeta?

—Es bien sencillo. Yo tenía mi propia nave. Transportaba un valioso cargamento, de mercaderías diversas.

Hubo un traidor, que amotinó a la tripulación y mató a un par de hombres que me eran fieles. Los otros se unieron al traidor. Me desembarcaron en Vulcania, y los Urduks me capturaron.

—Pero te proclamaste reina.

—No. Sólo les dije que rescataría a Bora. Entonces me consideraron como una princesa, aunque de rango inferior a Wudo.

—Hay cosas que no entiendo, por más que me esfuerzo. ¿Cómo pudiste convencerles de que rescatarías a Bora, si no tenías una nave a mano?

Malia sonrió con expresión llena de malicia

—No hace mucho lanzaste un S. O. S. Alguien te indicó Vulcania —dijo.

—Sí, es cierto.

—Fue mi segundo. Un cuarto de hora más tarde, estaba muerto. Veinticuatro horas, después, yo estaba en Vulcania. Por tanto, sabía que llegarías una semana después, a más tardar.

—Creo que comprendo. Pero, ¿no te hicieron nada los Urduks, cuando llegaste al suelo?

—En cierto modo, no; pero querían expulsarme del territorio. Logré convencerles y, cuando supe lo del secuestro de Bora, me ofrecí

a rescatarla.

—¿Cómo llegaste a Vulcania?

—Metida en una burbuja de salvamento. Ya sabes que sólo sirven para un solo viaje: el de ida. Y siempre que ese viaje no sea más largo de un millón de kilómetros.

—Comprendo. Dijiste que rescatarías a Bora…

—Los Urduks no tienen astronaves ni las quieren. Son demasiado orgullosos para abandonar Vulcania. Y ahora que estamos solos, puedo decirlo sin temor a ofenderles: se creen una raza superior, y son terriblemente susceptibles. Por eso aquel Urduk quiso matarte.

Schyller se estremeció.

—No me lo recuerdes —dijo—. Cuando vi que asomaba su cuerno… ¿Tienes, al menos, una idea de quién y por qué raptaron a Bora y a unos cuantos Urduks más?

—No. Sé que se trata de humanos con nuestra figura, pero eso es todo. Emplearon redes y anestésicos, eso es todo. Además, mataron a unos cuantos que trataron de atacarles. Usaban pistolas como la mía: con proyectiles aguja.

—Pero tú conoces el idioma Urduk…

Malia sonrió.

—Había comerciado con ellos, en ocasiones —explicó—. Me dieron pieles, a cambio de algunos objetos útiles. Pero nunca me hablaron de las gemas gigantes hasta ahora.

—¿Y Wudo? ¿Qué hace que no intenta por sí mismo rescatar a Bora? —preguntó Schyller.

—Es preciso conocer las leyes Urduks para comprender su forma de actuar —contestó la joven—. Hasta que no vuelva Bora, Wudo permanecerá en su residencia, sin salir de ella y sin alimentarse en absoluto. Si Bora no vuelve, Wudo morirá dentro de un año, de hambre y de sed.

Schyller se espantó.

—¿Puede un Urduk resistir tanto tiempo sin comer ni beber? —exclamó, pasmado.

Malia se encogió de hombros.

—Eso es lo que me dijeron —contestó—. Pero si vuelvo con Bora, me conducirán al yacimiento de las gemas, y me permitirán llevarme todas las que quiera; en una palabra: todo el peso que yo sea capaz de soportar.

Schyller lanzó un silbido.

—Kilos y kilos de piedras preciosas...

—Sí, Jan —confirmó Malia—. Y la mitad de lo que obtenga, será para ti, en el caso de que podamos devolver a Bora a su mundo natal.

—*A* primera vista, no parece difícil —dijo él—. Sólo tenemos que averiguar dónde está, Malia. Pero, ¿por dónde empezamos?

Ella se señaló a sí misma con las manos.

—Antes he hablado de Dioricq para renovar mi vestuario —contestó—. Bien, Dioricq es el lugar más adecuado para empezar a preguntar a la gente.

CAPÍTULO III

Havoth, el cambista, examinó el diamante con la ayuda de una potente lupa, y luego hizo un par de pruebas con un cristal. Al terminar, miró a su cliente.

—Cien mil U.M.I. —dijo.

Schyller meneó la cabeza.

—Diez mil talentos —pidió.

—Moneda terrestre, claro.

—Es lo mismo. Lo que quiero yo es su equivalente. Cien mil unidades de Moneda Intergaláctica son solamente cinco mil talentos terrestres. Ese diamante vale, al menos, cuatro veces más.

—No encontrarás en todo Dioricq otro cambista...

Schyller recogió la piedra preciosa.

—Adiós, Havoth —dijo fríamente.

—¡Aguarda, aguarda! —gritó el cambista—. Ciento cincuenta mil...

—Doscientos mil, y ni un centésimo menos, rey de los ladrones.

—Por Nipphaddur y sus setenta semidioses —lloró Havoth—. Tú me quieres arruinar…

—Todo lo contrario; lo que quiero es que progreses y te enriquezcas, pero no a mi costa.

—Está bien, doscientos mil, Pero conste que no voy a ganar un solo centésimo en la operación…

—Havoth, no sigas o tendré que ponerme a sollozar en tu hombro —dijo Schyller sarcásticamente—. Ando algo apurado, de lo contrario, te pediría cien mil más. Y tú los pagarías, lanzando gritos de alegría. Pero no discutamos más. ¡Venga la “pasta"!

—Mi corazón sangra…

Schyller empezó a mirar al techo, a la vez que silbaba una vieja melodía. AI cabo de unos minutos, Havoth le entregó un cheque.

—Jan, tú eres hombre listo —dijo—. ¿Dónde has encontrado esa piedra?

—La sembré —contestó Schyller, muy serio.

—¿Qué? —respingó el cambista.

—Bueno, puse unos trocitos de carbón… tú ya sabes que el diamante es carbono puro cristalizado. Entonces, no hay más que sentarse a esperar y…

Havoth soltó un bufido. Schyller se marché silbando alegremente. Habría podido obtener más dinero, pero no había muchos cambistas en Dioricq, capaces de pagar una suma tan enorme al contado.

En el camino al Banco, se detuvo en un lugar a cuyo dueño conocía lo bastante para franquearse con él, hasta cierto punto.

—Necesito informes, Vvordus —dijo.

Vvordus era un sujeto no muy alto, pero con una distancia de hombro a hombro análoga a la que había de su cabeza a los pies. Solía ser pacífico y amistoso con sus clientes, pero cuando alguno quería organizar una pendencia en su local, le hacía saber su desagrado lanzándolo a la calle sin más trámites. Se decía que una vez, muy

enfadado, había proyectado a un sujeto a veinticinco metros de distancia. Cuando se lo recordaban a Vvordus o le preguntaban si era cierto, decía que era posible. "A fin de cuentas, el fulano pesaba solamente setenta y cinco kilos", añadía, con indudable modestia.

Al verle, Vvordus puso delante una copa.

—No tengo dinero —dijo Schyller.

—Ya me pagarás —sonrió Vvordus.

—Voy al Banco, con un cheque de Havoth en el bolsillo. ..

—¿Le has vendido alguna muela de oro?

Schyller se echó a reír.

—Tengo mi dentadura en perfecto estado —manifestó—. Vvordus, buen amigo, ¿qué sabes de una dama llamada Malia de Vronn?

—Pobre chica —suspiró Vvordus.

—¿Por qué dices eso? —se extrañó Schyller.

—Ha muerto...

Schyller respingó.

—¿Cuándo? —gritó.

—Hace algunas semanas...

—Hombre, no, está viva. ¡Vvordus, vaya un susto que me has dado! La he déjalo viva y bien viva esta mañana, y creí que...

—¿Cómo? ¿Está viva? —El turno de la extrañeza había llegado ahora para el dueño del local.

—Claro. ¿Por qué dices que ha muerto?

—Yo no lo digo; lo dijo un tal Abathos, tercer oficial de su nave. El segundo y el sobrecargo murieron, con Malia, en un accidente.

—Fue un motín, y a ella la abandonaron en Vulcania, para que muriese a manos de los Urduks.

—Es la primera noticia que tengo —dijo Vvordus—, De modo que está viva.

—Sí, y con una salud magnífica.

—Es una chica estupenda. Su padre murió hace poco. Ella quedó al cargo del negocio. Lo llevaba muy bien, todo hay que decirlo. Pero no sabía nada del motín.

—Abathos te mintió. Por cierto, ¿dónde está ese asesino?

—No lo sé. Vendió la mercancía y se marchó. Aquí no se pregunta a nadie de dónde viene, ni adónde va, con tal de que observe las leyes. Y, ¿quién podía imaginarse que Abathos se había apoderado de la nave de Malia por la violencia?

—A decir verdad, Abathos me interesa mucho menos que una tal Bora, de los Urduks, Vvordus, ¿has oído hablar alguna vez de los Urduks?

—Vagamente, pero no he visto a ninguno. ¿Por qué lo preguntas?

—Bora ha sido secuestrada, pero ignoramos quién y por qué lo ha hecho. A Malia le encargaron de su rescate y ella me pidió que la ayudase; eso es todo.

—Comprendo, Jan, siento no poder darte más informes. ¿Por qué no vas a ver a Lura de Sybol?

Schyller torció el gesto.

—Es la última persona a quien pediría un centésimo para un trago —contestó secamente.

—También es la única persona, en Dioricq, que podría decirte algo al respecto —manifestó Vvordus.

—Luego vendré a pagarte la copa —se despidió de su amigo.

—Cortesía de la casa —sonrió Vvordus.

Schyller regresó al hotel donde se alojaban, tras una rápida estancia en el Banco. Cuando entró en la habitación en que estaba Malia, la vio examinando un montón de vestidos de todas las formas y colores.

—Menos mal que llegas —sonrió la joven—. Empezaba a temer que no podría pagar toda esta ropa. —Tengo dinero —contestó él.

—¿Cuánto?

—Doscientos mil.

Ella hizo una mueca.

—No es demasiado —dijo.

—Querías dinero al contado, ¿no? En todo Dioricq no hay otro cambista como Havoth, capaz de pagar, de golpe, doscientas mil U.M.I.

—Está bien, no te enojes… ¿Podrás comprar otra nave?

—No será necesario —contestó Schyller—. Sólo he de renovar algunos instrumentos y parte de la instalación, aparte de pagar un par de cápsulas de combustible, para tener reserva abundante. Llenaré la despensa, compraré armas… En total, con cincuenta o sesenta mil, habrá más que suficiente.

—Muy bien, como quieras. Yo sé navegar por el espacio, pero no soy ingeniero astronáutico. Por tanto, en este asunto, he de dejarte en completa libertad. ¿Has averiguado algo más?

—Sólo una cosa, Malia.

Ella se percató de que Schyller había puesto cara seria.

—¿Qué te sucede? —preguntó.

—En todo Dioricq no hay más que una persona que pueda, tal vez, darme informes de los raptores de Bora —dijo Schyller.

—Bueno, pero eso no es para poner cara de sepulturero —exclamó Malia, sumamente intrigada por la expresión de su interlocutor.

De pronto, creyó comprender.

—Es algún enemigo tuyo —dijo.

—Bueno, enemigo… Ciertamente, Lura de Sybol no me guarda precisamente mucho afecto —gruñó él.

Malia se sentía estupefacta.

—La directora de Orden —dijo.

—Justamente.

—Se dice que es una mujer muy bien informada. —Malia le miró de pies a cabeza—. Seguro que, si te guarda rencor, no es precisamente por haber violado alguna de las leyes de Dioricq. Es algo mucho más personal, ¿verdad?

Schyller asintió.

—Pero iré a verla —dijo. Sacó un fajo de billetes del bolsillo, y los dejó sobre una mesita—. Ahí tienes, cuarenta mil —anunció—. Yo me he quedado diez mil para posibles gastos eventuales. El resto está en el Banco.

Malia le miró con simpatía.

—Suerte con Lura, Jan —le deseó.

—Falta me hará —contestó él, mientras daba media vuelta.

* * *

Hacía ya varias horas que aguardaba en una antecámara. Schyller tenía la completa seguridad de que Lura de Sybol le hacía esperar con plena deliberación, como una especie de desquite por lo ocurrido entre ambos, mucho tiempo atrás. Schyller sabía que iba a ocurrir algo por el estilo, y se había armado de paciencia.

Estaba en el palacio de la Dirección de Orden desde las doce, hora de Dioricq. Eran las seis de la tarde, y Lura no había dado aún señales de vida para él, pese a que había recibido numerosas visitas de todas clases. A las ocho de la noche, Schyller empezó a sentirse nervioso e impaciente.

Pasó media hora más. De pronto, un oficial de policía se acercó a él.

—Su Excelencia le aguarda en sus habitaciones particulares,

capitán Schyller —dijo.

El terrestre se puso en pie.

—Gracias, teniente —sonrió.

—Su Excelencia dice que no es necesario que yo le acompañe; usted conoce el camino —añadió el oficial.

—Es cierto. Gracias otra vez.

Schyller abandonó la antecámara y salió a un vasto corredor, al final del cual se divisaba una amplia escalera, guardada por dos hombres de uniforme. Era evidente que tenían instrucciones sobre él, puesto que no le pusieron el menor obstáculo, cuando atravesó el umbral de la puerta inferior.

Arriba había otro guardia, que le abrió la puerta. Schyller entró en una vasta sala, que daba a una enorme terraza ajardinada. Una voz femenina salió del interior de una de las habitaciones.

—Prepara algo de beber, Jan.

Schyller se acercó al bien provisto bar que había en uno de los ángulos de la sala, y buscó una determinada botella. Llenó dos copas y encendió un cigarrillo.

De pronto, una mano de suave color tostado surgió sobre su hombro y le arrebató el cigarrillo.

—Te veo muy pensativo, Jan —dijo Lura de Sybol.

Schyller se volvió hacia ella.

—Es cierto —contestó.

—Y tal vez, temeroso —añadió ella, sonriendo.

—No lo dudes.

—¿Me temes?

—¿Quién no temería a la omnipotente Directora de Orden, cuando se ha causado su enojo una vez?

Laura arqueó las cejas.

—Yo tenía entendido que eras una especie de Sin Miedo —dijo —. Me asombras, Jan, créeme.

—No temo por mí, sino por otra persona…, suponiendo que consideres a los Urduks como personas.

—Ah, se trata de un Urduk. Nunca he conocido a ninguno personalmente, pero tampoco lo lamento. ¡Son horribles!

—Para ellos, nosotros somos los horribles, Lura.

Ella lanzó una estridente carcajada.

—Esa es una cuestión filosófica, que no estoy dispuesta a discutir —contestó. De pronto, alargó la mano y cogió la copa—. Observo que no te has olvidado de mis gustos, Jan.

—Tengo buena memoria —respondió Schyller secamente—, La tuya, imagino, no es mala tampoco —añadió con toda intención.

Lura le dirigió una larga mirada. Era una mujer de arrogante figura, abundante cabellera de color negro y piel ligeramente tostada, pero no olivácea.

Schyller sabía que ella solía vestir el uniforme de su cargo, pero ahora llevaba puesta una especie de bata de color rojo oscuro y tejido sumamente fino, que no permitía ejercitar demasiado la imaginación acerca de la figura que cubría.

—No, no tengo mala memoria —convino Lura, a la vez que se sentaba en un enorme diván—. Todavía me acuerdo de cierto desvergonzado capitán de astronave que sacó de Dioricq, como polizón, a un hombre reclamado por nuestra justicia, después de haber traicionado mi confianza.

—Aquel hombre corría peligro de muerte. Iba a morir, por una tontería —dijo Schyller, de mal talante.

—Era un asesino profesional. Había sido contratado para atentar contra la vida del Director Superior.

—El sólo era un idealista político…

Laura le miró burlonamente.

—Las ideas políticas se defienden con la palabra, y no con la pistola, digo yo. Pero eso no tiene ya ninguna importancia. Tu amigo

hace tiempo que murió, y está enterrado.

—Al fin le cazaste, ¿eh?

—Yo, no; él solito se metió en la trampa. Era un hombre tozudo, y trató de rematar lo que habíamos impedido en una ocasión. Volvió a Dioricq, y le tendí un lazo. Hay por aquí quien sigue pensando todavía que el Superdirector estorba. Pero eso, a ti, no te importa demasiado, ya que no eres ciudadano de Dioricq. Pudiste conseguir ese derecho, pero lo estropeaste todo con tu estúpido idealismo.

—Aquel hombre tenía derecho a disentir…

—Pero no a matar —cortó ella enérgicamente—, Puedes dar gracias de que soy generosa; de lo contrario, estarías ya en una mazmorra, desde tu arribada a Dioricq. La verdad, aún no sé cómo has tenido el cinismo de volver…

—Tengo que hacerlo —manifestó él—. En cierto modo, aquella operación me arruinó. No tengo otra cosa que mi nave, y está hecha un cascajo. Se trata de rescatar a una Urduk de importancia. Si lo consigo, tendré derecho a unos veinte o treinta kilos de piedras preciosas como ésta.

Schyller decidió tratar de impresionar a su bella interlocutora. Una esmeralda que tenía casi el tamaño de una ciruela apareció repentinamente en su mano derecha.

La piedra voló por los aires, y fue a caer al regazo de Lura, quien la contempló con ojos fascinados.

—Tallada, resultaría bellísima —murmuró.

—Quédatela —dijo Schyller, benevolente—. Los Urducks nos darán más, a decir verdad, todas las que podamos llevamos de un solo viaje.

—Hablas en plural —observó Lura.

—Sí, me he asociado con Malia de Vronn —contestó él.

—La traficante del espacio. ¡Menuda pájara! —comentó Lura mordazmente.

Schyller no quiso objetar nada a aquel comentario. Había que evitar toda ocasión de ofensa o enojo, pensó.

—La tripulación de su nave se amotinó, y murieron dos de sus oficiales. A ella la abandonaron en Vulcania. Allí es donde nos conocimos —explicó Schyller.

Lura guardó silencio un momento. De pronto, lanzó la esmeralda hacia el hombre.

—Tómala, no la quiero —dijo. Se puso en pie—. Sé conde está Bora, pero no te lo diré.

Schyller apretó los labios. Lura vio su gesto y se echó a reír.

—Sí, váyase lo uno por lo otro —confirmó malévolamente—. Tú me hiciste una jugarreta cuando sacaste de Dioricq a aquel supuesto idealista político. Ahora te devuelvo la pelota, eso es todo.

Schyller la miró fijamente durante unos segundos. Luego, de pronto, dio media vuelta y abandonó la estancia, sin pronunciar una sola palabra.

CAPÍTULO IV

Caminaba con paso rápido, furioso por el resultado de la entrevista. Sabía que Lura se negaría, pero había ido a verla, a pesar de todo. Lo que no se podía imaginar era que Lura se burlase de él tan desvergonzadamente.

Estuvo a punto de mandarlo todo al diablo, pero sólo un sentimiento de orgullo y amor propio heridos le hizo desistir de aquel propósito. Enfrascado en sus propios pensamientos, nada agradables, no se dio cuenta de que alguien le seguía, hasta que oyó un levísimo chasquido a sus espaldas.

El instinto, más que otra cosa, fue lo que le hizo reaccionar con velocidad relampagueante, agachando la mitad del cuerpo una centésima de segundo antes de que otro chasquido sonara encima de su cabeza.

Volvióse velozmente. El asesino, fallado el golpe, se apresuraba a cargar de nuevo la pistola lanzadora de lazos. Schyller conocía bien aquella horrible arma, la pistola disparaba un finísimo cable de acero, provisto de un diminuto contrapeso en el extremo. El lazo se enroscaba fulminantemente en torno al cuello de la víctima. Había asesinos profesionales que, en el tirón subsiguiente, hacían algo más que estrangular al atacado, lo decapitaban.

El asesino levantó la pistola y apuntó de nuevo. Una sombra fugaz, lanzada hacia adelante, le golpeó en el pecho, arrojándole contra una pared. Al impacto, el asesino. perdió el arma, aunque se recuperó de inmediato.

Su mano derecha buscó el puñal que llevaba al cinto. Entonces, Schyller tensó violentamente todos los músculos del brazo derecho. Ya tenía cerrada la mano.

El puño partió disparado con indescriptible violencia. Fue un golpe terrorífico, que hundió literalmente la caja torácica del asesino. Se oyó un agónico gemido. Luego, una figura humana cayó al suelo.

Schyller se inclinó sobre el caído, de cuyos labios brotaba un apagado murmullo.

—¿Quién? —preguntó solamente.

—Eghil...

El asesino se estremeció, de pronto. Un chorro de líquido oscuro brotó de su boca. Schyller se apartó de su lado, asqueado.

La pistola lanzalazos brillaba en el suelo. Schyller se estremeció al pensar en lo que le podía haber pasado, de no haber oído el leve chasquido, que anunciaba que el arma se había montado. La pistola tenía un poderoso muelle, que recogía el cable de acero, tanto si había hecho presa como si no. Algunos expertos, una vez hecha la presa, pegaban un terrible tirón, y el cuello, merced a la acción conjunta del muelle y de la mano, quedaba cortado limpiamente.

Regresó al hotel. Malia no estaba en su alojamiento.

Tras unos segundos de indecisión, decidió esperarla en su propia habitación.

* * *

Despertó bruscamente al oír unas risitas en la puerta de la estancia. Durante un segundo, trató de acomodar su mente a la situación en que se hallaba. No tardó en darse cuenta de que estaba en la habitación de Malia.

Las risitas se reprodujeron. Malia abrió la puerta.

—Tonto, déjame... No me hagas cosquillas... Cuidado que me pones nerviosa... Déjame, Eghilio; mañana, te lo ruego. Hoy estoy un poco cansada... y a ti se te ha subido el vino a la cabeza...

Por fin, Malia consiguió cerrar. Lanzó un sonoro. “¡Uf!” de alivio, y disparó sus dos zapatos al aire, uno tras otro. Luego, descalza, avanzó unos pasos. Entonces fue cuando divisó a Schyller, todavía sentado en la butaca del dormitorio.

—Hola —dijo alegremente—. ¿Qué haces aquí?

—Ya ves, resguardándome de la lluvia —contestó él—. Te diviertes, ¿eh?

—Un poco. —Los ojos de Malia brillaron maliciosamente—. Soy joven y no mal parecida. Tengo derecho a disfrutar un poco de la vida, me parece a mí.

—Indudablemente. ¿Puedo saber, si no hay inconveniente, quién es el tal Eghilio?

—Comerciante. Importador y exportador. Ya lo conocía cuando mi padre estaba en vida, y trataba con él. Es un hombre muy atractivo y simpático. ¿Algo más?

—No, claro que no..., por el momento. Malia, tengo malas noticias.

Ella entornó los ojos.

—¿Has fracasado? —adivinó.

—Sí.

—He oído comentarios esta noche. Hubo un tiempo en que Lura y tú estabais unidos por lo que, benévolamente, se puede calificar de “apasionado romance”.

—Es cierto —admitió él, sin pestañear.

—El fuego se ha apagado, y sólo quedan cenizas, ¿eh?

—Ni eso siquiera. Además, Lura está resentida conmigo.

—Explícate, por favor.

Schyller habló durante unos minutos. Cuando terminó, Malia alzó una mano.

—Espera —dijo—. Si no he oído mal, tú no has mencionado a Bora para nada en tu entrevista con Lura.

—No, no pronuncié ese nombre.

—Pero ella sabe que buscamos a Bora.

—Sí.

—Luego, si se niega, es que sabe dónde está...

Schyller enseñó algo.

—A la Directora de Orden hay pocas cosas que le pasen desapercibidas en Dioricq —dijo—. He encontrado este micrófono oculto en la habitación. Seguramente habrá otro en la mía.

—De modo que ha oído todo lo que hablamos...

—Ella no, claro está, sino uno de sus subordinados. Pero recibió el informe de nuestra conversación y, antes de que yo fuera a visitarla, ya conocía el motivo de tal visita.

—Una mujer muy lista, Jan. Simula saber algo que ignora, sólo por vengarse de ti. ¿Qué le hiciste?

—Ayudó a escapar a un tipo, que me aseguró era perseguido político. Resultó ser un asesino profesional, pagado para matar al Superdirector.

Malia sonrió.

—Se comprende que Lura esté irritada —dijo—. Entonces, ¿no podemos hacer nada?

Schyller se dirigió hacia la puerta.

—Por ahora, seguir buscando pistas —contestó—. Dime, ¿ese amigo tuyo, Eghilio..., es de toda confianza?

—Pondría la mano en el fuego por él —aseguró la ;oven.

Schyller hizo un gesto con la cabeza.

—Me conmueve tu fe en la amistad —se despidió, con una ironía que ella no supo captar.

Cuando estuvo en su habitación, buscó el micrófono secreto. Una vez lo hubo encontrado, dijo con voz clara y fuerte.

—Me llamo Jan Schyller. Díganle a su Excelencia, la Directora de Orden, si tendrá algún inconveniente en proporcionarme informes de Eghilio, comerciante. Gracias

Sonriendo, porque se imaginaba la sorpresa que Lura recibiría cuando le pasaran el mensaje, empezó a desvestirse. Diez minutos más tarde, dormía como un tronco.

* * *

—¿Conocías a un tal Hischar?

Vvordus arqueó las cejas.

—¿Has dicho Hischar? —preguntó.

—Sí.

—Guárdate de él. No le des la espalda nunca...

—Ya no hay temor en darle la espalda. Está muerto, Vvordus.

El tabernero silbó.

—Esta noche me emborracharé —aseguró.

—Era un mal bicho, ¿no?

—No tienes una idea, Jan. ¿Qué pasó?

—Fue anoche. Me disparó con su pistola lanzadora de lazos. Esquivé el primer disparo.

—Eres el primero que dice una cosa semejante, al menos, refiriéndose a Hischar. Los demás, están muertos.

—Ya me lo imagino. Vvordus, dime. Hischar, ¿estaba a sueldo

de algún personaje o era “independiente"?

—Hacía ya algún tiempo que no tenía noticias suyas. Las tuyas son las primeras y, créeme, me alegro de que lo hayas enviado al infierno. No puedo decirte más de lo que ya sabes.

—Eres un buen amigo, Vvordus —sonrió Schyller.

De pronto, un hombre de uniforme se acercó al mostrador.

—¿Schyller? —dijo.

—Yo soy —contestó el aludido.

—Tenga la bondad de acompañarme, señor Schyller. Su Excelencia, la Directora de Orden, le aguarda en su despacho oficial.

El terrestre sonrió. Su treta había resultado.

—Muchas gracias, capitán...

—Teniente Enydor, señor —dijo el oficial.

—Encantado, teniente. Hasta la vista, Vvordus.

El tabernero agitó una mano. Schyller salió en unión del oficial. Parado frente al local, había un aeromóvil, con insignias policiales.

Schyller se acomodó en el asiento delantero. Enydor lo hizo en el del piloto, a su izquierda. El aparato se elevó inmediatamente.

Transcurrieron unos minutos. Los edificios de la capital de Dioricq se deslizaban raudamente bajo el aparato, que volaba a unos quinientos metros de altura. De pronto. Schyller se percató de que rebasaban la vertical de la residencia de Lura.

—Eh, que pasamos de largo! —exclamó.

—Ya lo sé —contestó su acompañante, con frío acento.

Schyller se puso rígido. De repente, vio que Enydor alargaba la mano hacia una palanca que había en el tablero de mandos, rematada en una bola roja.

Inmediatamente levantó las piernas, apoyó los pies en la cúpula, y se impulsó hacia atrás, cayendo sobre los asientos posteriores. Medio segundo más tarde, oyó un fuerte chasquido, y vio que el asiento que

había ocupado hasta entonces, salía lanzado hacia el espacio.

El aire penetró rugiendo en el interior de la pequeña aeronave. Enydor lanzó un colérico grito. Casi en el mismo instante, volteó el aparato y lo colocó en posición invertida.

Schyller cayó sobre la cúpula. Desesperadamente, buscó un asidero. Enydor se mantenía bien, sujeto por el arnés de seguridad. Pero él resbalaba lenta e inexorablemente hacia la parte desprovista de cubierta.

En el último instante, logró efectuar una contorsión, y se agarró con ambos brazos al cuello del traidor. Enydor gritó y manoteó, pero Schyller no soltaba su presa. El aparato, sin gobierno, cayó en picado.

Enydor chillaba frenéticamente, dándose cuenta de la inminencia de la catástrofe. En aquella incómoda postura, Schyller consiguió, por un instante, soltar una mano. y golpeó la mandíbula del traidor.

El aeromóvil dio una voltereta y quedó momentáneamente en posición normal. Schyller tiró de una palanca, y el aparato se remontó velozmente. Casi en el mismo instante, vio que Enydor hacía funcionar el mando de eyección de su asiento.

Enydor y el asiento salieron disparados al espacio, pero no se abrió ningún paracaídas.

Schyller refrenó la marcha del aparato, y lo ladeó hacia su izquierda. El traidor, sujeto aún al asiento, descendía volteando vertiginosamente. Unos segundos más carde, lo vio estrellarse contra el suelo.

Ahora ya podía gobernar el aeromóvil sin dificultad. Viró en redondo y se encaminó hacia la residencia de lura. Unos minutos más tarde, saltaba al suelo de la terraza.

* * *

Lura se acercó a su encuentro, con paso rápido.

—¿Qué haces aquí? —preguntó, extrañada.

—Tú me has llamado —contestó él.

—No presumas —se burló Lura—. Ni te he llamado ni quiero verte...

Schyller frunció el ceño. Lura vestía ahora de uniforme; casaca muy ceñida, de color plateado, con hombreras negras y doradas, y pantalones ajustados a sus piernas como una segunda piel. Las botas, blandas, de media caña, eran de tacón alto.

En el lado derecho del pecho, Lura ostentaba un círculo dorado, con una cifra en rojo N.° 1. Era la insignia de su cargo.

—Lura, no bromees. Un tal teniente Enydor fue a buscarme...

—No hay entre mis subordinados nadie que se llame así, al menos, con el grado de oficial —aseguró ella.

—Entonces, me engañó.

—Es posible —dijo Lura fríamente—. Vete en el acto —ordenó.

—Aguarda un momento. ¿No te han pasado un mensaje de mi parte?

—Sí, pero sólo te diré que Eghilio es un hombre altamente considerado en Dioricq. ¿Algo más?

—¿Te han informado de que ha muerto un asesino profesional llamado Hischar?

—Sí. Es algo que no tiene importancia. Ocurre con frecuencia.

—Tal vez. Lo que no ocurre con frecuencia es que Eghilio contrate a un tipo como Hischar para matarme.

Schyller echó a andar y cruzó la sala. Ella, un tanto perpleja, gritó.

—¡Te olvidas el aeromóvil!

—Es tuyo —contestó él, sin volver la cabeza.

De pronto, Lura echó a correr hacia el visitante.

—Espera un momento —pidió—. Me siento algo aturdida... ¿Debo deducir que fuiste tú quien mató a Hischar?

Sí. Me ataco y me defendí, eso es todo.

—Pero, ¿por qué quiso matarte?

—Eghilio nos lo diría, si quisiera hablar, me parece. —¡No compliques a Eghilio...!

—Lura, antes de morir, Hischar pronunció un nombre. Adivínalo.

Schyller abrió la puerta y salió. Aquella misma noche, se propuso, haría una visita a Eghilio.

Y le obligaría a hablar.

* * *

—De modo que Enydor quiso lanzarte al espacio — dijo Malia, mientras llenaba una copa.

—No lo hizo bien del todo —contestó él—. Debía de sentirse algo nervioso, pero lo cierto es que se traicionó a sí mismo. Por eso pude pasar al compartimiento de atrás, cuando vi que se disponía a tirar de la palanca de eyección.

—Y luego él, cuando vio que había fracasado, quiso escapar...

—Seguramente, tenía órdenes de estrellar el aparato. Se hubiera incendiado, lo que habría borrado las falsas inscripciones policiales. Pero no contó con que el que le contrató, quería borrar también otra pista.

—Y le dio un aeromóvil en el que faltaban los dos paracaídas delanteros.

—Exactamente. Bueno, Lura ya está enterada, y algo dirá, me imagino.

Malia se sentía muy preocupada.

—No puedo creer que Eghilio sea capaz de hacer una cosa semejante —murmuró.

—Algunos sostienen que un moribundo no miente jamás. Otros dicen que puede equivocarse, porque tal vez delira en su agonía. Lo que yo sé es que Hischard pronunció las cinco primeras letras del nombre de Eghilio.

—Siempre fue un hombre emprendedor, aunque honesto. Al menos, por tal le tenía yo, hasta ahora —dijo Malia.

—Las personas cambian —contestó él sentenciosamente.

Malia suspiró.

—Sí, a veces —convino.

De pronto, llamaron a la puerta.

—El mensajero de Lura —exclamó Schyller,

Y corrió a abrir, pero el hombre que había al otro lado del umbral vestía el uniforme de los empleados del hotel.

—Una carta para el capitán Schyller —dijo.

—Dómela —Schyller entregó una moneda al hombre—. Gracias,

Malia se le acercó.

—¿Es de Lura? —preguntó,

—Ahora lo sabremos.

Schyller rasgó el sobre, y extrajo una cuartilla de su interior. Malia le contemplaba atentamente. De pronto, vio que el rostro del joven se cubría de sombras.

—¿Qué pasa? —gritó, alarmada.

Schyller le entregó el mensaje. Con ojos desorbitados por el asombro, Malia leyó:

"Es inútil que siga buscando a Bora. Ni esa mona con cresta ni Lura de Sybol aparecerán jamás.”

El mensaje no llevaba firma, pero Schyller sospechó, de inmediato, el nombre de su autor.

CAPÍTULO V

La mano izquierda de Malia se crispó sobre el brazo de Schyller.

—Es una locura —dijo a media voz.

—Tu buen amigo Eghilio no está loco, ni mucho mecos —contestó él—. Y yo tengo que hablar hoy con él, cueste lo que cueste.

Los ojos de Schyller estaban fijos en el edificio de varias plantas, en donde Eghilio Knordxu tenía no sólo sus almacenes y oficinas, sino también su residencia. Las habitaciones privadas del comerciante estaban en el último piso, allá donde se divisaban un par de ventanas iluminadas.

—Ya sabes lo que tienes que hacer —añadió él—. Si tardo más de veinte o treinta minutos, sube a buscarme. Mientras tanto, quieta aquí, sin hacer nada.

Malia asintió. Sabía que no podía retener a Schyller. Un tanto frustrada, se preguntó si el interés de él no se debía tanto al hecho del secuestro de su antigua amiga Lura como a la circunstancia de que hubiese sido realizado, según todas las apariencias, por un hombre que había pasado, hasta aquel momento, por honrado.

Pero todo eso eran elucubraciones sin sentido, se dijo, mientras veía a Schyller alejarse hacia el edificio, considerablemente aislado de los más próximos. Hasta entonces, había apreciado a Eghilio, aunque no se hubiera sentido particularmente inclinada a unir su suerte a la

del comerciante, pero ahora pensaba que la piel de Eghilio valía menos de un centésima de U.M.I.

Schyller llegó al pie de una de las ventanas iluminadas, y miró hacia arriba. El edificio tenía cinco plantas, lo que significaba unos veinte metros de altura, Pero había ido preparado para la ascensión.

En la mano derecha tenía una especie de caja cuadrada, algo mayor que una para zapatos, que lanzó al aire. La caja ascendió, mediante la acción del diminuto motor de antigravedad, manejado por el control remoto que Schyller se había quedado en las manos. Al llegar al borde del tejado, la caja se acercó a la pared. Dos trépanos diminutos surgieron de uno de sus costados, y perforaron el muro, haciendo que la caja quedase sólidamente anclada en el mismo.

Algo descendió de las alturas. Era un finísimo cable de acero, con un estribo en el extremo inferior. Schyller metió el pie derecho en el estribo, y presiono el mando del diminuto cabrestante que accionaba el cable. Inmediatamente, se sintió izado a las alturas.

Detuvo la marcha de la cabría cuando su rostro quedó a ras del antepecho de la ventana. Había allí un hombre trabajando en unos papeles. Era Eghilio.

Schyller hizo que la máquina subiese unos metros más. Entonces, de golpe, se precipitó en la estancia.

Eghilio volvió la cabeza.

—¿Quién es usted? —preguntó.

Schyller frunció el ceño.

—¿Eres Eghilio? —preguntó, a su vez.

—Sí —contestó el otro.

—¿Qué haces?

—Repaso unas cuentas.

Schyller sonrió.

—Ponte en pie —ordenó.

Eghilio obedeció.

—Tú eres un robot —dijo Schyller.

Eghilio permaneció silencioso. Schyller se acercó a él y golpeó su frente con los nudillos. El sonido que su gesto produjo no podía confundirse en modo alguno con un golpe similar en una frente auténticamente humana.

—¿Dónde está tu amo?

—No puedo decirlo —contestó la máquina con figura humana.

—Te ha prohibido dar pistas, ¿eh?

—Sí.

—¿Sabes que eres un robot y que, como tal, debes obediencia ciega a los humanos, siempre que no sea para causar daño a otro humano?

—Si yo te digo dónde está mi amo, tú irás a buscarle, y le causarás un daño —argumentó la máquina.

— Eso es cierto, pero él está dañando a otros humanos, al retenerlos en algún lugar desconocido, contra su voluntad.

—Puede, pero, en todo caso, yo no he sido el causante de ese daño, ni él me pidió que le ayudase. —¿Qué es lo que te pidió exactamente?

—Ocupar su puesto en todo. Estoy instruido para dirigir el negocio…

—Nadie, en estos momentos, sabe que eres un robot. Todos te creen Eghilio.

—Así es —confirmó la máquina.

Schyller sonrió.

—Muy bien —dijo—. Te ordeno que vengas conmigo. No te pido que me digas dónde está Eghilio, puesto que te lo ha prohibido él, pero, en cambio, no te ha grabado en tus circuitos la prohibición de obedecer a otros humanos.

—¿Adónde vamos? — preguntó el robot, con su voz de máquina.

—Sígueme y lo sabrás.

Minutos más tarde, Malia lanzaba una exclamación de asombro, al ver a Schyller acompañado de un hombre.

—¡Eghilio!

—Es un robot —dijo Schyller.

Malia abrid la boca, atónita.

—Imposible —exclamó.

—Malia, no bromeo —dijo él.

Durante unos segundos, Malia contempló alternativamente al hombre y a la máquina. Luego, dijo: —Pero, ¿por qué,..?

—No tardaremos mucho en saberlo —aseguró Schyller—. Vamos, estamos perdiendo el tiempo.

* * *

Vvordus escuchó atentamente la petición de su amigo, miró diez segundos al techo con un solo ojo, chasqueó la lengua tres o cuatro veces y, al fin, pronunció dos palabras.

—Doctor Khaleb.

—¿Qué tal es?

—Bueno y complaciente, pero caro. Sobre todo, si lo despiertas a media noche.

—Le pagaremos bien. ¿Dónde vive?

Vvordus facilitó la dirección del galeno. Schyller dejó sobre el mostrador un billete de diez U.M.I.

—Te lo has ganado, amigo —sonrió.

Salieron a la calle. El robot les seguía, sin rechistar.

Media hora más tarde, llegaron a una casa, sobre cuya puerta, un rótulo anunciaba que allí vivía el doctor Arromus Khaleb. Schyller

llamó a la puerta.

Alguien se asomó, poco después, a una ventana.

—El doctor no está —dijo una voz gruñona.

Schyller hizo ondear un billete de cien.

—¿Seguro? —sonrió.

La mujer se retiró inmediatamente de la ventana. Minutos después, Schyller y Malia se encontraban ante un hombre de mediana edad, con cara de sueño.

—Bien —gruñó el médico—, ¿quién es el enfermo?

—El robot, doctor —contestó Schyller.

Khaleb le miró con ojos coléricos.

—Si se trata de una broma...

Schyller puso en las manos del médico un billete de mil.

—Usted tiene algo muy importante, un aparato de rayos X —dijo—. Simplemente, queremos examinar al robot.

—Ah, ya comprendo...

—Otra cosa, doctor. ¿Tiene microscopio en casa?

—Sí, desde luego. Muchas veces, hago yo mismo los análisis de mis pacientes...

—Estupendo. Vamos, primero, a verle las tripas al robot, por medio de los rayos X.

Malia se sentía extrañadísima. ¿Por qué no examinar al robot directamente? Era muy fácil quitar la placa ventral, y extraer de su interior los circuitos necesarios..., pero no comprendía por qué Schyller quería usar antes la pantalla del radioscopio.

Momentos después, el robot estaba situado ante la pantalla. Schyller hizo que el médico la paseara arriba y abajo, hasta localizar una forma alargada, rectangular, a la altura de lo que en un ser humano habría sido la ingle izquierda.

—Lo que me figuraba —dijo satisfecho,

—¿Qué es, Jan? —preguntó Malia.

—Te lo diré más tarde. Doctor, ¿estará en casa por la mañana? Si tuviera que ausentarse, dígale a su esposa que me deje usar el microscopio.

—Por supuesto, pero, ¿por qué no saca ahora mismo el circuito que quiere examinar? —preguntó Khaleb.

Schyller sonrió maliciosamente.

—No quiero correr el riesgo de hacer explotar la bomba prematuramente —contestó.

Malia retuvo el aliento, a la vez que miraba al robot con suma aprensión Khaleb hizo un gesto de aquiescencia.

—Una excelente precaución —aprobó.

* * *

Estaban en campo abierto, a varios kilómetros de la población. Malia contemplaba atentamente las operaciones que realizaba Schyller. El joven actuaba con infinito cuidado, midiendo cada uno de sus movimientos, mientras ella se encontraba situada a unos treinta metros de distancia, convenientemente parapetada tras un ribazo de tierra.

Al cabo de un buen rato, Schyller alzó la cabeza y gritó.

—¡No se puede desmontar la bomba!

Malia se puso instintivamente en pie.

—Entonces, ¿qué vas a hacer? —preguntó, intrigada y decepcionada a la vez.

—Par fortuna, he previsto que podía ocurrirme un caso semejante —contestó él—. Ven, acércate sin miedo.

Malia obedeció. Schyller había levantado la tapa ventral del

robot, que aparecía tendido en el suelo, pero no había hecho nada más.

La bomba era claramente visible. Schyller dijo.

—Tiene potencia suficiente para convertir en arena su propia casa, quiero decir la de Eghilio. Pero ha sido montada con gran astucia. He podido levantar la tapa sin obstáculos. Sin embargo, ya no puedo seguir adelante. Cualquier cosa que toque, activará la espoleta.

—¿Entonces...?

—Entonces, es preciso recurrir al medio que Eghilio ha pasado por alto, el descohesionador molecular.

Malia lanzó una exclamación de asombro.

—Pero, ¿eso puede servir...?

—Ahora lo verás.

Schyller tenía en la mano un aparato semejante a una lámpara portátil de grandes dimensiones, con tres reflectores de distintos colores. Presionó sucesivamente tres interruptores, y enfocó el aparato hacia la bomba.

Transcurrieron algunos minutos. De pronto, Schyller cerró los interruptores y dejó la lámpara a un lado. Luego se agachó, sujetó la bomba con la mano y tiró con fuerza.

Malia lanzó un gritito. Pero no ocurrió nada.

Schyller sonrió, a la vez que quitaba la tapa de la caja en que estaba la bomba. Malia vio una especie de arenilla de color grisáceo.

—Las moléculas han perdido su cohesión por completo, incluso en el explosivo de la espoleta —dijo él—. Si aplicase el descohesionador a una viga, ya sea de madera, hierro o cemento, esa viga se convertiría en polvo, ¿comprendes?

Ella asintió.

—Lo mismo sucedería con un cuerpo humano, supongo —dijo.

—No, porque es descohesionador de moléculas no orgánicas —contestó él—. Pero eso no nos interesa ahora.

Malia pudo ver en su mano un par de diminutos rollos de alambre finísimo.

—Circuito de distribución y análisis de órdenes y circuito de respuestas —explicó él.

—Los cuales vas a examinar, por medio del microscopio del doctor Khaleb.

—Exactamente. ¿Vamos?

Cuando apenas habían dado diez pasos, ella se detuvo.

—Jan, te olvidas del robot —dijo.

Schyller lanzó una risita.

—Es tu amigo quien lo pierde, no yo —contestó.

Volvieron a casa del doctor Khaleb. Malia se armó de paciencia, porque sabía que examinar un circuito robótico por medio del microscopio no era tarea que se hiciese en pocos minutos.

Casi tres horas más tarde, Schyller separó sus ojos del microscopio, y cansadamente, se cogió con dos dedos el caballete de la nariz y pronunció una sola palabra .

—Jiphorad.

CAPÍTULO VI

Eghilio había obrado con gran astucia, pensó Schyller. El robot, convenientemente instruido, ocuparía su puesto para seguir dirigiendo el negocio. Era probable que él descubriese el ardid e intentase quitar los circuitos que podrían delatar el paradero de Eghilio, pero entonces explotaría la bomba. Lo que Eghilio no había calculado, sin embargo, era que Schyller extremaría las precauciones, apenas descubrió el truco. Ahora bien, se preguntó Schyller, ¿cómo había grabado el robot aquella palabra tan comprometedora?

Tal vez Eghilio la había pronunciado ante la máquina, de un modo involuntario, pero ya no tenía tiempo para manipular en los circuitos. La bomba, calculó Schyller, debía de estar colocada hacía muchísimos meses, para el caso de que algún competidor quisiera enterarse de sus secretos, ya que el robot tenía grabadas ciertas prohibiciones que le impedirían repetir cosas que Eghilio no quería fuesen conocidas de los demás.

—¿Vamos a ir a Jiphorad? —preguntó Malia, una vez conoció el paradero de Eghilio.

—Sí, pero antes habré de poner mi nave en condiciones —respondió él—. No la he tocado desde que llegamos de Vulcania y, tal como está ahora, no me elevaría ni diez metros del suelo.

—Eso nos hará perder tiempo —se quejó ella.

Schyller se encogió de hombros.

—Si perdiésemos la vida, lo habríamos perdido todo —alegó.

Malia se resignó a esperar. Mientras tanto, Schyller se aplicó a las reparaciones de la nave y el cambio de algunos equipos, ayudado por un par de especialistas, que contrató de manera eventual.

Transcurrió una semana. De cuando en cuando, Malia hacía una llamada intrascendente a la oficina de Eghilio. Siempre recibía la misma respuesta, se ignoraba su paradero, así como la fecha de regreso.

Al finalizar la semana, Schyller anunció que sólo quedaban veinticuatro horas para la partida. Sugirió a Malia que podían cenar juntos, y ella aceptó, complacida, la invitación.

El local al que asistieron tenía diversas atracciones. Una de ellas

era un malabarista, que realizaba prodigios con los cuchillos. Su agilidad era increíble. Malia vio que, en ocasiones, tenía veinticuatro cuchillos en el aire. El nombre del artista era Fomock y, cuando terminó su número, se acercó a la mesa ocupada por la pareja.

—Has estado muy bien, Fomock —dijo Schyller—, ¿Conoces a Malia de Vronn? Malia, te presento a un buen amigo…

La joven sonrió, a la vez que tendía la mano al malabarista.

—Su número me ha gustado muchísimo —dijo—. Jamás había visto nada parecido.

—Ahora estoy ensayando para actuar con seis cuchillos más —sonrió Fomock—. Pero me marcho ya pronto de Dioricq. Me han ofrecido un buen contrato en el circo estelar de Kfix. Está en Jiphorad, Jan,

—Nosotros iremos allí, dentro de poco —manifestó el joven—. He oído hablar del circo de Kfix, y sé que tiene un enorme prestigio, Fomock.

—Es cierto. Tengo entendido que ha creado nuevos números, pero no sé aún cuáles puedan ser. Ya lo veré cuando llegue a Jiphorad. Tomaremos allí una copa juntos, supongo.

—Y dos también —rió Schyller.

Fomock se alejó. Schyller y Malla continuaron todavía un rato en el local. Al fin, se levantaron y salieron a la calle.

El hotel estaba relativamente cerca, por lo que caminaron a pie. De repente, Schyller captó un movimiento sospechoso en las inmediaciones.

Un segundo después, empujaba a Malia contra el hueco de una puerta cercana. Ella lanzó un gritito de susto. Schyller, por su parte, se agachó raudamente. Algo cruzó el espacio, silbando muy tenuemente, y se estrelló contra la pared, con seco chasquido.

Schyller se tendió en el suelo en el siguiente movimiento. El segundo proyectil golpeó el muro a la altura de su cintura. Era evidente que el atacante había corregido su puntería.

Pero Schyller no le dejó disparar por tercera vez. Después de los incidentes sufridos, había resuelto evitar todas las sorpresas. Tenía en

la mano la pistola de aguja de Malia, y disparó cuatro proyectiles en dos segundos.

A veinte pasos, un hombre lanzó un sofocado gemido y cayó de costado. Schyller se puso en pie de un salto, y corrió hacia él, apartando la pistola de un puntapié.

El individuo le miró con ojos agónicos. Malia llegó en aquel momento, y lanzó una exclamación de sorpresa.

—¡Rubbert!

—¿Lo conocías? —preguntó Schyller.

—Era tripulante de mi nave...

Schyller se agachó junto al agonizante.

—¿Quién te mandó atacarnos? —preguntó,

—Abathos...

—El tercer oficial y cabecilla del motín, que me arrebató mi nave —dijo Malia.

—¿Está Abathos aquí? —preguntó Schyller.

—No..., en Jiphorad...

El cuerpo de Rubbert sufrió una terrible convulsión, y su cabeza se ladeó bruscamente. Schyller se puso en pie.

—Vámonos de aquí, Malia —dijo.

Echaron a correr. Momentos después, en la relativa seguridad del hotel, Malia declaró que no comprendía los motivos del ataque.

—Yo tampoco, aunque todavía comprendo menos por qué tu tercer oficial ha de enviar a un hombre desde Jiphorad a Dioricq para matarte —dijo él.

—¡Disparó contra ti, Jan!

—Al empujarte al portal, yo ocupé por un instante tu sitio. Los dos proyectiles de aguja que disparó Rubbert dieron en el lugar en que debería haber estado tu cuerpo, si yo no te hubiera apartado tan a tiempo.

Malia se puso pálida.

—Se ve que Abathos no quiere que siga con vida —dijo.

—Está clarísimo; de un modo u otro, ha conseguido enterarse de que escapaste de Vulcania, y trata de evitar no sólo que reclames lo que te pertenecía, sino una denuncia por asesinato y piratería, que le costaría el pellejo.

Schyller se acarició el mentón con gesto preocupado.

—Pero, no sé por qué, presiento que Eghilio y Abathos están relacionados con todo este asunto —añadió.

—¿Tú crees? —se asombró Malia.

—En Jiphorad lo comprobaremos —respondió Schyller—. Tengo allí buenos amigos, y ellos me ayudarán a encontrar a Lura y a Bora.

* * *

El aspecto de las capitales de ambos planetas era diametralmente distinto. En Dioricq, pese a las comodidades interiores, les edificios tenían un estilo antiguo, pesado, nada agradable; en Jiphorad había un aire de audaz modernismo que, en ocasiones, llegaba al disparate.

Pero ni Schyller ni Malia habían ido a Jiphorad para comparar las distintas arquitecturas. Si Malia tenía un primordial interés en rescatar a Bora, el de Schyller se centraba principalmente en el rescate de Lura.

Schyller se sentía muy preocupado por la acción de Eghilio. El hecho de que demostrase tan pocos escrúpulos, no tenía importancia para él. Lo verdaderamente importante era que Eghilio parecía disponer de un poder poco menos que ilimitado. No parecía fácil secuestrar a un personaje como la Directora de Orden de Dioricq y, sin embargo, él lo había conseguido.

Los motivos tampoco se le alcanzaban, aunque los conocería cuando hubiese dado cima a la operación de rescate. Tal como había anunciado, disponía en Jiphorad de amigos que podían ayudarle a

conseguir sus propósitos.

Uno de tales amigos pertenecía al sexo opuesto. Schyller, astuto, no quiso decir nada a Malia. Simplemente, manifestó que salía para recoger informes, pero que no sabía cuándo volvería.

—La ciudad es muy grande, y tiene lugares para divertirse y también buenas tiendas —dijo maliciosamente.

Su amiga se llamaba Naydée, y era la propietaria de un local de lujo. Schyller conocía bien la distribución del edificio, por lo que se encaminó directamente a las habitaciones de Naydée.

Llamó a la puerta. Un ojo electrónico le investigó automáticamente. Segundos después, Schyller oyó una fuerte exclamación.

—¡Jan, condenado hijo de una hiena de Brux! ¿Qué tripa se te ha roto por aquí?

—¿Por qué no me abres la puerta, y lo sabrás, preciosa?

—¿No me llamas gorda? —rió ella.

La puerta se deslizó a un lado. Naydée apareció ante el terrestre, envuelta en una bata hecha con treinta o cuarenta metros de tejido, muy pintada y con los dedos regordetes llenos de anillos. Naydée pasaba ya de los cuarenta años, y hacía tiempo había renunciado a la lucha para contener sus tendencias a la obesidad.

Besó a Schyller en ambas mejillas, y le hizo tomar asiento. Luego le sirvió una copa,

—Habla, granuja —pidió—. Hace un montón de años que no se te ve el pelo..., pero entonces yo tenía cinco menos, y no me sobraban veinte kilos.

Schyller la miró críticamente, de la cabeza a los pies.

—Te gusta apedrearte a ti misma —dijo—. Sólo te sobran un par de kilos, preciosa.

—Eres un maldito adulador, pero no me importa. Dime, ¿a qué has venido?

Schyller metió la mano en el bolsillo. Un relámpago verde cruzó el espacio y fue a parar al amplio escote de la mujer. Naydée tomó la

esmeralda con dos dedos, y la contempló en silencio durante unos momentos.

—Vale una fortuna —dijo al cabo—. ¿Dónde la has encontrado?

—Quédatela —indicó él con displicencia—. Puedo obtener un saco, en realidad, todas las que pueda cargar con mis propias fuerzas. Pero quizá tengas que pagar algunos informes que necesites.

—Ah, vamos, no eres desinteresado...

—Naydée, el asunto que me trae aquí exige que dejemos de lado ciertos sentimientos personales. Por otra parte, la esmeralda, tú lo has dicho, vale una fortuna. Podría haberme limitado a decirte que te pagaría los gastos que hicieses por mi cuenta, ¿no?

Ella sonrió.

—Siempre encuentras argumentos convincentes —dijo—. Está bien, habla de una vez.

—Se trata de Lura de Sybol, directora de Orden, de Dioricq. Ha sido secuestrada y la han traído aquí, a Jiphorad.

Naydée respingó.

—Diablos, es más grave de lo que yo creía —murmuró.

—Muy grave, en efecto —convino él—, ¿Has oído hablar alguna vez de un tal Eghilio Knordxu?

—¿Es el secuestrador?

—Sí.

—Me suena el nombre. ¿Qué hace?

—Comercio de importación y exportación. Parece que ahora se quiere dedicar a otras actividades más rentables.

—Creo que comprendo. ¿Algún detalle más?

—Abathos. Era tercer oficial de la nave propiedad de una chica llamada Malia de Vronn. Organizó un motín, mató a dos oficiales y a ella la abandonó en un planeta llamado Vulcania. Sospecho que Abathos está relacionado con el secuestro de Lura.

Naydée hizo saltar la piedra en la palma de la mano.

—Haré lo que pueda —dijo—, ¿Dónde te hospedas?

Schyller citó un nombre. Naydée asintió.

—Vete tranquilo. Te avisaré en cuanto sepa algo.

Schyller se inclinó y depositó un beso en una de las redondas mejillas de la mujer. Ella suspiró profundamente.

—Diez años y veinte kilos de más —se lamentó.

Schyller se echó a reír. Ella accionó el mando de apertura de la puerta. Desde el umbral, Schyller se volvió hacia Naydée.

—Cuando haya recogido la cosecha de piedras preciosas, te haré un regalo que no olvidarás jamás —prometió.

Salió a la calle y emprendió el camino de vuelta al hotel, utilizando una acera deslizante. Cuando llegó a su alojamiento, quiso hablar con Malia, pero la joven había salido.

Malia regresó al atardecer, y él le contó sus gestiones, aunque sin mencionar el nombre de su posible informador. Después de esto, pasaron tres días.

Fornock llegó al tercer día, y se encontró con Schyller en el vestíbulo del hotel. El malabarista le informó que el circo de Kfix se encontraba fuera de la capital, a unos treinta kilómetros de distancia.

—Yo creí que Kfix instalaría su espectáculo más cerca —dijo Schyller.

—Bueno, allí lo que hay es una especie de campo de entrenamiento —contestó Fornock—. Aunque quizá se instale el espectáculo de una forma definitiva. Tengo entendido que no habrá apenas espectadores, en persona, quiero decir, sino que transmitirán por televisión los diversos números.

Un empleado se acercó al joven en aquel momento.

—Perdón, señor Schyller; tiene una llamada —dijo.

—Te veré luego, Fornock.

—Adiós, Jan.

Schyller se acercó a una cabina, y pulsó una tecla.

La pantalla del videófono se iluminó en el acto, y pudo ver el redondo rostro de Naydée.

—Ven a la noche —dijo ella.

—Está bien. ¿Algo más?

—Eso es todo, Jan.

—Gracias, Naydée,

Schyller se entrevistó, poco más tarde, con Malia.

—Esta noche sabré algo —dijo.

—¿Te ha llamado tu informador?

—Sí.

—Supongo que no ha querido adelantarte nada, hasta verte en persona.

—Exacto.

—Bien, en tal caso, iremos juntos.

Schyller sonrió.

—No hay objeción —contestó.

Pasada la media noche, Schyller y Malia llamaban a la puerta de la residencia privada de Naydée. La puerta se deslizó a un lado.

Schyller avanzó unos pasos. De pronto, se detuvo en seco.

Malia emitió un gemido, y volvió la cabeza a un lado, para no ver aquel horrible espectáculo. Schyller, por su parte, comprendió que, cualquier cosa que Naydée hubiera podido averiguar, era ya un secreto que no compartiría con nadie más.

También comprendió que Eghilio era un hombre de una astucia incalculable, con un fantástico servicio de información. El puñal que aparecía clavado en el pecho de Naydée así lo probaba.

CAPÍTULO VII

Malia se había vuelto de espaldas al cadáver. Schyller reflexionó rápidamente. Naydée no era mujer que acostumbrase a confiar sus secretos a un papel o a un magnetófono. Lo que había conseguido averiguar se iría con ella a la tumba.

—Vámonos, Malia —dijo, de pronto.

Ella asintió. Descendieron las escaleras y salieron por la puerta posterior del edificio. Apenas habían dado un paso en el exterior, un potente chorro de luz cayó sobre ellos.

—¡No se muevan. —ordenó una voz imperativa.

—Quieta —murmuró Schyller.

Pudo entrever algo que parecía mi aeromóvil, pero la luz era demasiado poderosa, y le deslumbraba de una manera casi total. De pronto, dos siluetas humanas se situaron entre ellos y el reflector.

Dos manos se alzaron, provistas de sendas pistolas. Dos chorros de gas fueron a dar contra los rostros de la pareja. Segundos más tarde, Schyller y Malia caían al suelo, sin conocimiento.

Al despertar, se encontraron en una especie de cajón, de forma

cúbica, que medía unos tres metros de lado. Las paredes estaban protegidas por un forro de tejido plástico, pero no había ninguna ventana, sino solamente un pequeño orificio que servía para la aireación.

Schyller se sentó en el suelo, ya que no había tampoco ningún mueble. Malia le miró con expresión temerosa.

—¿Qué nos va a pasar? —preguntó.

Schyller meditó unos instantes.

—Nuestra situación no tiene nada de agradable —dijo al cabo—. Es posible que quieran eliminamos, pero el hecho de que no nos hayan dado muerte en el acto, nos concede un mínimo de posibilidades.

—Si entran y nos fusilan…

—Entonces, ¿para qué traemos aquí? ¿No te parece que podrían habernos acribillado cuando salíamos de casa de Naydée?

Malia asintió.

—Es verdad, pero, de todas formas, no me siento muy tranquila —manifestó.

—Ni yo tampoco. De todos modos, sigo opinando que tenemos posibilidades. Por supuesto, muchas más que la pobre Naydée.

—Cada vez que pienso en ella, me pongo enferma… Jan, ¿cómo supieron que tenía algo que ver contigo?

—No lo sé, salvo que pensemos en que tu buen amigo Eghilio tiene un magnífico servicio de información… pero esto es cosa que no debe preocuparnos por ahora. Lo que más nos interesa es el presente y nuestro inmediato futuro,

—*Sí* —convino Malla melancólicamente—, es lo que más tiene que preocupamos.

Transcurrió un buen rato. De pronto, uno de los paneles del cubículo se deslizó en parte. Un hombre apareció en la abertura y les arrojó algo.

—Cámbiense de ropa —dijo—. Volveremos dentro de quince minutos. No se queden con ninguna de las prendas que ahora llevan puestas.

El hombre desapareció antes de que Schyller pudiera reaccionar. La abertura se cerró nuevamente.

—Pero, ¿qué pretenderán…?

Schyller no hizo caso de las indignadas protestas de la joven. Se inclinó y recogió uno de los dos vestidos, que era un monopieza de color naranja muy vivo, con franjas negras y doradas en los costados. El otro traje era idéntico, pero con una salvedad, llevaba en el pecho una M negra y dorada, en tanto que en el primero aparecía una J.

—Parecen vestidos circenses —dijo Malia.

Schyller asintió preocupadamente.

—Vamos a cambiamos —dijo—. Nos volveremos de espaldas, si te parece bien.

—No hay otro remedio —sonrió ella.

Los trajes eran de tejido elástico, que se acomodaban perfectamente a las respectivas anatomías. Apenas habían terminado de equiparse, se abrió de nuevo aquella extraña puerta deslizante.

Un hombre gigantesco, de poderoso tórax, con un enorme bigote y el cráneo casi afeitado, a excepción de un mechón en el cogote, apareció ante los asombrados ojos de la pareja.

—Soy Kfix, director y propietario del Gran Circo Galáctico — anunció pomposamente.

—Ella y yo sentimos un terrible disgusto al conocerte, Kfix — dijo Schyller, sin inmutarse.

Kfix lanzó una estruendosa carcajada, que agitó a su enorme corpachón. De pronto, enseñó una pistola de aguja.

—Cuidado —dijo, al ver que Schyller daba un paso hacia adelante—, No me gustaría hacerlo, pero dispararé si me obligas a ello.

Schyller apretó los puños.

—¿Por qué no hablas claro de una vez? —exclamó—, Malia y yo tenemos derecho, creo, a saber qué es lo que piensas hacer con nosotros.

—Es cierto —admitió Kfix sin pestañear—. Creo que os conviene conocer vuestra suerte. El público rugirá de admiración cuando vea a la pareja de famosos equilibristas. Jan y Malia, cruzar, sobre sólo un alambre, el Valle de las Plores Carnívoras.

* * *

Schyller se quedó con la boca abierta, al escuchar tan sorprendente respuesta. Malia no sabía qué decir.

—El valle de…

—Exacto —confirmó Kfix, sin pestañear—. El Valle de las Flores Carnívoras. Tiene unos ochocientos metros de anchura, pero su profundidad es de sólo cuarenta o cincuenta metros en el punto más bajo. Esos ochocientos metros son los que recorrerán los celebérrimos funambulistas Jan y Malia, ésta en pie sobre los hombros de su pareja.

—Pero nosotros nunca…

Kfix sonrió perversamente.

—El público no lo sabe —dijo—. Solamente verá a una pareja que caerá en el valle, y será devorada por las flores carnívoras.

—Una bonita manera de matarnos, pero con gran ganancia de dinero, claro —comentó Schyller.

—Exactamente.

—Gritaremos —dijo Malia—, Denunciaremos al público…

—¿Qué público? —rió Kfix—. Todos los espectadores estarán sentados cómodamente ante sus pantallas de televisión. Las cámaras serán automáticas, gobernadas a distancia por hombres de mi entera confianza. Los demás empleados del circo saben solamente que he contratado a dos equilibristas de gran fama. Y, que yo sepa, no hay equilibrista o funámbulo que, una vez u otra, no haya sufrido un accidente.

—La cosa resulta perfectamente comprensible —dijo Schyller—, Será un número con gran atractivo…

—En Jiphorad rige un sistema muy práctico para contemplar la televisión. Determinados espectáculos, se anuncian previamente, son de pago, para lo cual, es preciso depositar un número ya especificado de monedas. Cuando la gente sepa que dos equilibristas van a atravesar ese valle, las monedas inundarán mi caja fuerte.

—¿No te ha exigido una comisión sobre los ingresos, un tipo llamado Eghilio?

—Ese nombre me resulta absolutamente desconocido —dijo Kfix, con toda desfachatez.

—Sobre eso, prefiero no discutir. ¿Cuándo tenemos que cruzar el alambre? —preguntó Schyller.

—Todo está preparado ya. La emisión dará comienzo antes de media hora —Kfix se apartó a un lado, sin quitar la mano de la culata de su pistola—, ¿Vamos?

Schyller se apoderó de la mano de Malia.

—No temas —dijo. Pero, íntimamente, estaba convencido de que había llegado la última hora para ambos.

Malia temblaba de pavor, pero al igual que Schyller, se daba cuenta de que no tenían opción. Con paso inseguro, avanzó hacia una especie de carretilla mecánica, descubierta, con tres bancos, uno de los cuales estaba ocupado por un sujeto de rostro estólido.

Kfix se sentó en el último banco, detrás de la pareja. La boca de su pistola se apoyó en los riñones de Schyller.

—No intentes hacer nada al conductor —dijo—. Te destrozaría la columna vertebral, y luego la lanzaría a ella a las flores, sin más trámites.

El vehículo se puso en movimiento. Schyller contempló el terreno que les rodeaba. A lo lejos, cerca del horizonte, se divisaban las instalaciones del circo. Mucho más lejos, se entreveían, apenas, las casas de la capital.

La carretilla rodó velozmente por la llanura, en sentido contrario. Un cuarto de hora más tarde, Kfix dio la orden de alto.

Estaban al borde del fatídico valle, un lugar húmedo, del que se desprendían tenues vapores, junto con un olor dulzón, nada agradable.

A ambos lados del mismo, se habían montado los castilletes que sostenían los extremos del cable.

Schyller y la muchacha se apearon de la carretilla. Desde donde estaban, podían ver el colosal bosque de flores carnívoras, algunas de las cuales alcanzaban, tamaños realmente impresionantes, Schyller se estremeció, al pensar en lo que sucedería cuando cayeran sobre alguna de aquellas horripilantes corolas.

Extraños tentáculos se agitaban lentamente en el aire, surgiendo del grueso tronco que sostenía la flor. Los colores eran horribles y atractivos a un tiempo. Schyller no acababa de comprender cómo había podido originarse aquel mortífero jardín, pero dedujo que debía de tratarse de algún extraño fenómeno, peculiar de Jiphorad. Había estado en otros planetas, con plantas y animales todavía más raros.

En diversos puntos se divisaban las cámaras de televisión, cuyo puesto de control, calculó Schyller, debía de hallarse en algún lugar invisible, desde allí. Kfix llevaba pendiente del cuello una especie de micrófono, con el que daría órdenes a los operadores para la mejor toma de la escena.

El cable era muy grueso, pero ello no significaba ninguna garantía. Schyller sabía que no podría mantenerse en equilibrio más allá de una docena de metros.

De pronto, Kfix empezó a hablar por el micrófono. Schyller se dio cuenta de que estaba emitiendo una especie de discurso previo, destinado a galvanizar la atención de los telespectadores. De pronto, vio que se le acercaba el conductor de la carretilla, con un par de botas altas.

—Póngaselas —dijo.

Eran unas botas cuya caña le llegaba hasta la rodilla. Estaban abiertas y se sujetaban por cordones, que el conductor le ayudó a apretar, mientras Kfix, que vigilaba la operación, a unos pasos de distancia, les miraba distraídamente.

Schyller puso una rodilla en tierra. El conductor se arrodilló también.

—Las suelas están imantadas —bisbiseó el hombre.

Schyller contuvo la respiración.

—Siga —musitó.

—Naydée era mi prima. Quiero que la vengue.

—Lo haré, se lo prometo.

—En el tacón hay un microgiróscopo equilibrador de masas. No se preocupe; no caerán. Soy Runo.

—Me acordaré de su nombre, Runo. ¿Sabe algo de Lura?

—Cuando pase al otro lado, escape al río Tutt. Cuidado con las anguilas feroces.

—Entendido.

—Busque las tres agujas de roca. No le será difícil encontrarlas. Esperen allí.

Runo se puso en pie.

—Listo, señor Kfix —anunció.

Schyller hizo varias flexiones con las piernas. Luego, saludó con ambas manos hacia una de las cámaras, sonriendo de un modo enteramente profesional. Malia se sentía pasmada de la confianza que aparecía en el rostro del joven.

—Saluda, Malia —dijo él.

La joven hizo un esfuerzo por sonreír. Luego, de la mano de Schyller, avanzó hacia la escalera que conducía a lo alto del castillete.

Mientras, Kfix seguía pregonando la habilidad del famosísimo equilibrista Jan Schyller. El joven pensó que algún conocido suyo, si le contemplaba por televisión, debía de sentirse pasmado. "De capitán de astronave a funámbulo", pensó.

Subió al castillete. Asió a Malia por la cintura, y la situó de pie sobre sus hombros, sujetando sus piernas con ambas manos.

—No temas —bisbiseó—. Pasaremos al otro lado.

—Jan, ¿qué se siente al caer en la corola de una flor carnívora? —preguntó ella.

—Nada, porque no caerás.

—¿Listo, señor Schyller? —gritó Kfix.

—¡Listo! —contestó el joven.

—¡Pues… adelante y buena travesía!

Schyller dio dos pasos, y puso un pie sobre el cable. Estuvo así unos segundos, contemplando el hilo metálico que parecía perderse de vista a lo lejos, y luego se llenó los pulmones de aire.

—Manténte firme, Malia —dijo.

—Sí, querido.

Schyller puso el otro pie sobre el cable, ya fuera del castillete. Debajo de él, a sólo cuatro o cinco metros, se agitaron unos tentáculos vegetales.

De repente, echó a correr.

Kfix se quedó con la boca abierta, olvidándose incluso de transmitir sus impresiones sobre el fantástico espectáculo que estaba ofreciendo televisión. Schyller corría como si le persiguieran cien legiones de diablos, y sin que el peso de su forzosa *partenaire* pareciera menguar la potencia de los músculos de sus piernas.

Schyller recorrió cien metros. De pronto, Kfix reaccionó.

De un manotazo, soltó el micrófono y echó a correr hacia la torreta. Cuando Schyller llevaba recorridos doscientos metros, agarró la palanca que servía para mantener sujeta la rueda de tensión del cable.

De pronto, algo le empujó con fuerza. Kfix lanzó un horrible alarido, y saltó al vacío.

En el último instante, pudo ver el rostro del conductor de la carretilla. Cayó sobre una flor, cuya corola medía más de diez metros de diámetro, y se debatió, enloquecido, en el líquido contenido en el fondo. Desde arriba, Runo agitó una mano, a la vez que sonreía.

—Adiós, canalla —bisbiseó.

Runo accionaba como si hubiera intentado salvar a Kfix, por si su imagen era captada por alguna cámara de televisión. Abajo, Kfix creía hallarse en alguna caldera de ácido altamente corrosivo.

De pronto, los pétalos se cerraron sobre él. Un horripilante alarido brotó de sus labios, al darse cuenta de su irremediable fin.

Mientras, Schyller seguía corriendo, con Malia sobre los hombros. Después de un tiempo, que le pareció interminable, alcanzó la segunda torreta.

—Me parece un milagro —sollozó Malia, cuando Schyller la bajó al suelo.

—Es conveniente completar los milagros —dijo él—. Vamos.

Agarró su mano, y echaron a correr a través de una llanura casi completamente pelada. Al fondo, se divisaba una línea oscura de vegetación. Allí estaba el río Tutt, calculó Schyller.

CAPÍTULO VIII

Las tres agujas de roca eran fácilmente visibles, una especie de monolitos, de alturas comprendidas entre los doscientos y los doscientos cincuenta metros, aunque con una base común, un amplio pedestal rocoso, de unos trescientos metros de anchura, doscientos de longitud y quince o veinte de grosor. En la base había una concavidad, que podía constituir un buen refugio, en caso de inclemencias del tiempo.

El río corría a unos cincuenta o sesenta metros de su refugio. Schyller no perdió el tiempo apenas alcanzaron el lugar señalado por Runo. Lo primero que hizo fue descalzarse aquellas botas, que si le habían resultado sumamente útiles para pasar el alambre, ahora le molestaban bastante.

Malia, casi agotada, descansaba en el fondo de la oquedad. El suelo era de finísima arena, pero, con objeto de conseguir una mayor comodidad, y puesto que ignoraban cuándo aparecería Runo, Schyller recogió una gran cantidad de hierba seca, que extendió sobre una parte del suelo de la cueva.

Acto seguido, empezó a trabajar en otra empresa. Dos horas más tarde, disponía de un par de palos rectos, aguzados por uno de sus extremos, con la ayuda de un trozo de piedra de bordes afilados.

Malia, que ya se había repuesto, observó sus acciones con gran curiosidad.

Schyller se situó a la orilla del río, en un punto donde la corriente era apenas perceptible. Después de un par de intentos frustrados, consiguió capturar un pez de forma casi cilíndrica, metro y medio de largo y unos diez centímetros de grosor.

La anguila se debatía furiosamente. Malia observó, con pavor, una enorme boca, armada de dientes más duros que el acero. Schyller terminó con los movimientos de la bestia, por el expeditivo procedimiento de machacarle la cabeza con una piedra.

A continuación, limpió al animal. Luego, con la ayuda de un par de ramitas secas y algunas hierbecillas, también secas, encendió fuego. Malia se sentía pasmada, al ver la enorme habilidad que demostraba el joven en todos sus movimientos.

Poco más tarde, se extendió por la atmósfera un grato olor a carne de pez asada.

—Lo único que siento es no tener sal —sonrió Schyller—, Pero, con el apetito que tenemos, creo que no la echaremos de menos. Tampoco lamentarás la falta de tenedor y cuchillo, me imagino.

Malia le miró con simpatía.

—¿De dónde has sacado todas estas habilidades? —dijo—. Has conseguido comida y fuego sin más armas ni herramientas que tus manos...

—Olvidas que todo comandante de astronave ha de seguir, y aprobar, un curso intenso de supervivencia. Los lugares donde yo hice las pruebas, eran infinitamente peores que éste, y con posibilidades de sobrevivir, mucho menores.

Atardecía ya. De pronto, Malla se estremeció.

—¿Qué te pasa? —preguntó él.

—Estoy acordándome de Kfix —dijo ella.

—No pienses más en un canalla —aconsejó Schyller—. Sólo ha recibido lo que se merecía.

Malia había oído el grito de Kfix al caer, y volvió un poco la

cabeza, dándose cuenta de lo sucedido. Pero se sentía preocupada, porque suponía que Kfix no actuaba solo.

—Bueno, cuando llegue Runo, veremos lo que pasa —dijo Schyller—, Mientras tanto, te aconsejo que descanses.

—Hay algo que no acabo de entender. ¿Estaban aliados Kfix y Eghilio?

—Es lo más probable. De todos modos, no podemos hacer nada hasta que llegue Runo. ¿Has cenado bien?

Malia sonrió.

—Era algo que no me esperaba, francamente —dijo.

La noche transcurrió sin incidentes. Al llegar el nuevo día, Schyller exploró los alrededores. Un par de horas más tarde, regresó con una gran rama de árbol, en la que se veían numerosos frutos, semejantes a naranjas.

—Conviene variar la dieta —dijo.

Pasó otro día. Schyller y Malia empezaban ya a sentirse impacientes. Pero al tercer día, vieron aproximarse a un aeromóvil.

El aparato se detuvo junto a las agujas de piedra. Un hombre conocido saltó al suelo.

—Hola —dijo Runo—. Siento no haber podido venir antes, pero me resultó imposible. Traigo comida y bebida… y noticias.

—Las noticias son más interesantes —manifestó Schyller—. Habla, Runo.

—Sé dónde está Lura, pero no he podido averiguar nada de Bora. La muerte de Kfix ha causado notable sensación, pero la marcha del circo no se va a alterar para nada, porque ya tiene otro director.

—Hay que hacer reír a la gente —dijo Malia—. ¿Dónde está Lura?

—Ahora usa el nombre de Vania de Roll —contestó Runo—. Pero creo que ni ella misma lo sabe. Está entrenándose para mujer cohete, otro de los números sensacionales del circo.

—¿Mujer cohete? —repitió Schyller, pasmado.

—Sí, Se coloca dentro de un cohete, y sube a varios cientos de metros de altura. Luego, en el descenso, orienta la proa hacia un blanco y, a cincuenta metros, usa su asiento movedizo y se separa, mientras el morro explota en el punto deseado. Es un número muy apreciado por el público, sobre todo, porque si el piloto del cohete se equivoca sólo en un metro, al separarse del artefacto, puede morir estrellado.

—Creo que entiendo. Pero ella no tiene experiencia...

—A mi entender, está hipnotizada. Lo malo es que no se enterará siquiera cuando la lancen al espacio.

Schyller apretó los labios.

—Tú sabes dónde está su alojamiento, supongo... —dijo.

—Sí —confirmó Reno—. Eso es lo que quería decirte mi prima, pero no le dieron tiempo.

—Es extraño. Si mataron a Naydée, ¿cómo no te ha pasado nada a ti?

—Ella habló primero con Kfix, y éste sospechó algo. Luego me llamó, porque no quería ponerse en un compromiso, pero su error fue no haberme avisado desde un principio.

—¿Sospechaba Kfix de ti?

—No, ni siquiera sabía que Naydée y yo éramos primos. Pero cuando habló con ella, se dio cuenta de que Naydée estaba dispuesta a intervenir en este asunto. Sabía que era persona de influencia en Jiphorad, y por eso la hizo asesinar.

—¿Quién fue el asesino?

—Ya está muerto. Kfix en persona la apuñaló.

—De modo que Lura va a desempeñar el papel de mujer cohete...

—Sí, últimamente, Kfix había modificado considerablemente la estructura de su circo. Números más arriesgados y menos personal auxiliar, porque usa mucho la televisión. A la gente le gusta ver artistas que se jueguen el pellejo.

—Siempre ha sido así —Schyller hizo una mueca—. Bien,

¿cuándo será la actuación de Lura?

—Un par de días... Creo que Eghilio está discutiendo las condiciones económicas con los responsables de la televisión.

Schyller meditó unos instantes. Luego, dijo.

—Runo, aunque sea en la arena, necesito que me hagas un plano de las instalaciones permanentes del circo. Dime también dónde está alojada Lura...

—Deberás tener mucho cuidado. Por las noches, los tigres bicéfalos quedan sueltos en el recinto.

Malia respingó.

—¿Como mastines de vigilancia? —exclamó.

—Sí, justamente.

—Pero el personal del circo...

Runo sacó del interior de su camisa una tarjeta, que pendía de su cuello por un cordón.

—Cada artista, cada empleado, tiene su identificación especial, impregnada de un determinado olor que, percibido por los tigres, les hace inofensivos. Cualquiera que penetre en el recinto, sin estar provisto de la tarjeta, será devorado en pocos minutes —explicó.

—No es mala precaución. ¿Y por el día?

—Las fieras están encerradas, no hay cuidado. Además, están entrenadas para no admitir comida que no les sea dada por sus guardianes. Aunque les ofrezcas el más suculento solomillo, no lo tocarán.

—Lo cual excluye la posibilidad de un narcótico con la carne.

—Así es. Y, por el día, hay siempre tres o cuatro tipos que merodean constantemente en torno a la *roulotte* de Lura.

Schyller volvió a reflexionar.

—Son unos informes muy buenos —dijo al cabo—, Pero Lura no subirá en el cohete.

—¿Cómo la rescatarás? —quiso saber Malia.

—Tengo una idea... aunque he de elaborarla con todo detalle, a fin de evitar fallos. Runo, ¿no hay manera de saber dónde está Bora?

El hombre meneó la cabeza.

—En absoluto —contestó—. Ah, una cosa, si piensa rescatar a Lura usando, por ejemplo, un propulsor individual, deseche la idea.

—Pues es precisamente lo que habla pensado —dijo Schyller.

—El alojamiento de Lura está defendido por un toldo que, en apariencia, sirve para darle sombra, pero que no es sino una tela metálica electrificada. Y si alguien intenta destruirla con un explosivo de poca potencia, por muy débil que sea, activará unas cargas que hay en la *roulotte,* y Lura morirá.

Schyller y Malia se quedaron consternados. No eran buenas noticias, ciertamente, las que había traído Runo,

—Me pregunto por qué tanto interés en defender a Lura —murmuró Schyller, sumamente preocupado—. Van a matarla, obligándola a hacer de mujer-cohete, pero también podían pegarle un tiro y acabar antes, ¿Tendrá algo que ver con el secuestro de Bora?

Rimo se encogió de hombros.

—Ya he dicho todo lo que sé —aseguró—. Ahora he de volverme, para que no sospechen de mi.

Runo se encaminó hacia su aeromóvil.

—Será mejor que os quedéis aquí hasta la noche. Siento no poder llevaros en el aparato; es preciso extremar todas las precauciones —se despidió.

Schyller y Malia quedaron solos. Al cabo de un rato de silencio, ella dijo:

—El problema se presenta lleno de dificultades. ¿Podrás resolverlas, Schyller?

—Tal vez... si encuentro en la capital a un antiguo amigo que me debe un favor, y quiere pagármelo.

—Tenemos dinero, recuérdalo.

—El dinero no servirá en este caso, Malia. Si Brulto quiere ayudarme... Lura estará salvada. De lo contrario, tendrá que volar con el cohete.

Callaron nuevamente. Al cabo de unos minutos, Schyller abrió la caja que había traído Runo.

—Malia, hemos de comer. La jomada nocturna será larga —dijo.

* * *

Jiphorad disponía de un sistema satelitario de cinco lunas, tres de las cuales estaban visibles, y derramaban una pálida luz sobre la llanura. Al cabo de cuatro horas de marcha, Schyller calculó que habrían recorrido unos veinte kilómetros.

El Valle de las Flores Carnívoras quedaba al Norte, debido a la ruta que habían tenido que seguir para refugiarse en el río. Cuando hicieron el primer alto, les quedaban todavía otros veinte kilómetros hasta la ciudad.

Schyller dio friegas en las piernas a la muchacha, a fin de evitarle perniciosos agarrotamientos en los músculos. Malia se sentía muy cansada, ya que no estaba acostumbrada a caminar, pero su ánimo no decaía.

Media hora más tarde, cuando se disponía a reanudar la marcha, vieron una lucecita en el cielo.

La luz se acercó rápidamente. Un minuto después, algo cayó de las alturas con sordo silbido, estrellándose contra el suelo, con horrible chasquido de huesos.

Malia lanzó un grito. Schyller consiguió dominarse lo suficiente para acercarse al informe bulto que yacía en el suelo. Presentía su identidad, y no tardó mucho en confirmar sus sospechas.

El aeromóvil flotaba, inmóvil, sobre ellos. Una sonora carcajada de burla descendió de las alturas.

Schyller crispó los puños. Las precauciones que había tomado Runo no le habían servido para nada.

De pronto, el aeromóvil descendió hasta situarse a un metro del suelo. Una portezuela se abrió en uno de los costados. Algo salió del aparato, y se detuvo a unos pasos, agitando su larga cola amenazadoramente.

El aeromóvil se remontó de nuevo, y desapareció a lo lejos. Schyller y Malia quedaron frente a la amenaza que representaba aquel colosal tigre bicéfalo.

Schyller movió lentamente el brazo izquierdo.

—Detrás de mí, Malia —bisbiseó.

La joven obedeció. Por encima del hombro de Schyller, contempló a la fiera, un gigantesco animal de más de un metro de altura, por casi cuatro de longitud, con dos feroces cabezas al extremo de sendos cuellos de la suficiente largura para permitirles movimientos independientes, sin la menor dificultad. Las garras no eran menos pavorosas que los colmillos, que se entrechocaban con siniestros chasquidos, mientras que la cola de la bestia se agitaba lentamente, indicio de su próximo y devastador ataque.

CAPÍTULO IX

De repente, el tigre bicéfalo lanzó un atroz doble rugido. Estaba a doce o catorce pasos de distancia, suficiente para que Schyller se percatase de la tensión de los músculos de la bestia.

—Quieta, Malia —dijo.

El tigre volvió a rugir. Una fracción de segundo más tarde Schyller lanzó una carga.

El animal se disparaba hacia adelante en aquel preciso instante. Saltó y, una décima de segunda más tarde, la cabeza de un cuerpo humano que pesaba ochenta y cinco kilos, golpeó su tórax con fuerza Indescriptible.

La bestia salió despedida a lo alto y a un lado. Rodó por el suelo y se revolvió, rugiendo ferozmente. Schyller se revolvió también y agarró su cola, a la que pegó un fortísimo tirón. El tigre volvió a salir despedido, tras un giro de ciento ochenta grados, que lo envió a diez metros de distancia.

Malia contemplaba aquella pelea como sumida en trance hipnótico. Completamente inmóvil, apenas si se atrevía a respirar.

El tigre parecía sentirse desconcertado. Durante unos segundos,

quedó quieto en el sitio al que había sido arrojado. Schyller, por su parte, no perdió el tiempo. Abundaban las piedras en aquel suelo inhóspito y reseco.

Un pedrusco, casi tan grande como su cabeza, partió disparado con la velocidad de un obús. El tigre recibió el impacto y saltó a un lado, cayendo con las patas al aire, mientras rugía ferozmente. Se incorporó de nuevo, justo a tiempo para recibir otra pedrada en el punto de unión de los dos cuellos.

El segundo impacto fue casi decisivo. Las patas del tigre se doblaron. Ahora rugía, pero más de miedo que de furia. El instinto le hacía saber que había encontrado un adversario más fuerte que él,

Schyller agarró la tercera piedra. Alzó el brazo, pero, en el mismo momento, vio que la fiera doblaba las patas y hundía sus cabezas en la arena, a la vez que emitía unos débiles ronquidos. Su cola se movió repetidas veces, con vivas oscilaciones. Luego, poco a poco, con el vientre pegado al suelo, reptó hacia el joven.

Malia se negaba a creer en lo que estaba viendo. El tigre se declaraba derrotado.

Schyller lo comprendió así, y dejó caer la piedra. Luego se acercó al animal, y le acarició las dos cabezas. El tigre emitió unos ronroneos de satisfacción.

—Ha encontrado un amo —dijo Schyller—. Ven, Malia.

La joven se acercó aprensivamente. El tigre frotó su lomo contra sus piernas, sin dejar de ronronear.

—Es fantástico —dijo Malia—, Lo has convertido en un corderino...

—Tal vez nadie se preocupó de conocer bien el carácter de estos animales —contestó Schyller—. Son fieros, naturalmente, pero el instinto les hace saber quién es más fiero que ellos.

—Y comprende que eres superior a él.

Schyller sonrió.

—Modestia aparte, así es —dijo—. Pero, puesto que es nuestro amigo, vamos a pedirle que nos ayude.

—¿Cómo? —preguntó ella.

Antes de que pudiera comprender las intenciones de Schyller, Malia se sintió asida por la cintura y alzada en vilo, Un instante después, estaba sentada sobre el lomo del animal, que no dio señales de protesta, al notar la carga que le era impuesta.

—Me parece soñar —sonrió Malia.

—Agárrate bien —dijo él—. Vamos.

Schyller empezó a trotar. El tigre le siguió dócilmente, con Malia sentada a mujeriegas sobre sus lomos. La joven se agarró al abundante pelo que había en la bifurcación de los cuellos. Por otra parte, el lomo del animal era lo suficiente amplio para no sentir excesiva incomodidad.

—Jan, ¿qué diría Eghilio si me viera ahora? —exclamó alegremente, pasados unos minutos.

—Ya lo sabrá a su debido tiempo —contestó él.

Malia se sentía admirada. Durante largo rato, Schyller trotó incansablemente, marcando el ritmo de marcha, que el tigre seguía con toda puntualidad. Luego, Jan redujo su velocidad, y caminó al paso durante media hora, después de lo cual, volvió al paso gimnástico.

—Jan, lo que haces, ¿es producto de tu entrenamiento para la supervivencia? —preguntó ella.

—Así es, y si antes no caminé más rápido, fue para no fatigarte, porque sabía que no podrías seguirme —contestó Schyller.

Cerca del amanecer, alcanzaron las primeras casas. A unos quinientos metros de la ciudad, Schyller hizo que la muchacha desmontara.

—Vete libre —ordené al felino bicéfalo.

El tigre dio media vuelta y se alejó, perdiéndose de vista en pocos momentos. Schyller agarró la mano de la muchacha.

—Vamos al hotel —dijo—. Necesitamos un buen baño, ropas y algo de descanso.

—¿Cuándo piensas ir a ver a tu amigo Brulto? —inquirió Malia.

—Al atardecer. Es la mejor hora.

* * *

La residencia de Brulto defraudó, en parte, a Malia. Era una casa de muy modesta apariencia y de forma circular, rematada en una cúpula ligeramente puntiaguda. Sólo tenía puerta, y no se veían en su muro cilíndrico más aberturas.

Schyller tocó la puerta con los nudillos. Al cabo de unos momentos, la puerta se abrió por sí sola. Ninguna voz salid del interior de la vivienda, lo cual aumentó más todavía la extrañeza que sentía la joven.

Schyller le hizo cruzar el umbral. Malia se encontró en un lugar sumido en una suave penumbra. En el centro, ardía un fuego azulado, que más parecía un surtidor de materia en fusión. Al otro lado, había una figura humana, cubierta con un velo de color casi blanco.

El hombre estaba sentado en el suelo, con brazos y piernas cruzadas, en actitud meditativa. Sin pronunciar una sola palabra, Schyller se sentó, adoptando la misma postura. Hizo señales a la joven, y ella le imitó en el acto, silenciosamente, temerosa de romper el silencio con su voz.

—Te saludo, Brulto —dijo Schyller, de pronto.

—Bien venido, Jan —contestó Brulto—. ¿Tu pareja?

—No, amiga solamente. Se llama Malia.

—Hola, Malia. Me alegro de conocerte.

—Hola, Brulto. Yo también celebro saludarte.

De súbito, Malia se dio cuenta de que ninguno de los dos hombres había hablado en voz alta. Todos los sonidos habían resonado en el interior de su mente, incluso ella había dado la respuesta sin palabras, pensando únicamente lo que tenía que decir.

Contuvo el aliento. No se atrevía a definir con palabras lo que sentía en aquellos momentos.

—Te necesito, Brulto —dijo Schyller.

—Tienes problemas, adivino —contestó el interpelado.

—Sí.

—Explícate.

Malia seguía estupefacta. Aunque ninguno de los dos interlocutores había despegado los labios, ella percibía su conversación, de una forma tan clara como si hablasen en voz alta. ¿Quién era aquel Brulto?, se preguntó.

Pasados algunos minutos, Brulto dijo:

—Te ayudaré, Jan.

—Gracias. Nunca olvidaré esto que vas a hacer por mí.

—Correspondo a un favor que te debo y sé que tu petición es justa. Ve al campamento del circo, y espera allí.

—Gracias una vez más, Brulto.

Schyller se puso en pie. Tendió la mano, y Malia se agarró a ella para incorporarse.

—Adiós, Brulto —dijo mentalmente.

—Eres muy hermosa. Jan será dichoso contigo.

—Pero yo no... —exclamó ella, vivamente sofocada.

Malia sintió en su interior el eco de una alegre risa.

—Serás feliz con él —concluyó Brulto.

Cuando salieron a la calle, Malia no se había repuesto todavía de la sorpresa.

—Parece increíble —comentó—. ¿Quién es Brulto?

—Médico —respondió Schyller—. Se ocupa de las enfermedades mentales. Pero no es nativo de Jiphorad, sino de Warmer-9. Y los warmerianos gozan de ciertas facultades, como la telepatía... y otras.

—¿Cuáles son esas otras facultades, Jan?

—Ya las sabrás —contestó él sibilinamente—. Ahora vamos a ver si alquilamos un aeromóvil; hemos de desplazarnos hasta el campamento del circo.

—Jan, si Eghilio se entera de que estamos allí...

—Lo sabrá, pero no podrá hacemos nada. Ten confianza.

Malia suspiró.

—No sé si empezar a pensar que el motín que me dejó sin mi nave fue una circunstancia afortunada en mi vida —dijo.

—Murieron dos de tus oficiales. Ellos no pensarían así, Malia.

—Sí, es cierto —convino la joven, apesadumbrada.

El recinto del campamento estaba situado en una enorme explanada, y aparecía rodeado por una valla metálica, convenientemente reforzada, de más de diez metros de altura. Muchos de los artistas se ejercitaban en distintos puntos de la explanada, pero ya no se veía la lona de la carpa desde que Kfix tomara la decisión de suprimir el sistema de espectadores directos. Muchos de los números podían realizarse así en lugares a los que la masa de público no hubiese tenido acceso directo o, siquiera, medianamente cómodo, y de este modo, el interés aumentaba cuando el artista actuaba en algún lugar con indudable riesgo, como había sucedido con la travesía del Valle de las Flores Carnívoras.

Schyller y Malia llegaron a la puerta del recinto, donde había dos guardias pintorescamente uniformados. Los vigilantes intentaron cerrarles el paso, pero Schyller no tardó en encontrar la solución para poder penetrar en el recinto.

—Parece que tienen mala memoria, amigos —observó con cortés ironía—. Ya no se acuerdan de que la dama cruzó el Valle de las Flores Carnívoras, de pie sobre mis hombros.

—Oh, es verdad... Dispensen, no les habíamos reconocido...

Schyller, magnánimo, puso en las manos de los guardianes sendos billetes de cien U.M.L

—Tómense una copa a nuestra salud, amigos —dijo—. ¿Vamos, querida?

Malia apoyó su mano en el brazo que le ofrecía su acompañante, y cruzó la puerta, con aire levemente orgulloso, aunque muy aprensiva en su interior. No lejos de ellos, un forzudo hacía ejercicios con dos enormes pesas, cada una de las cuales estaba marcada con la cifra 126.

Schyller se acercó al sujeto, y lo contempló durante unos instantes.

—Te fatigas demasiado —observó.

El atleta le miró con curiosidad.

—Sí, a veces me canso. Es que... cada vez que muevo las pesas, levanto “solamente" un cuarto de tonelada —contestó.

—Una hazaña, indudablemente, pero si empleases mi procedimiento, te cansarías infinitamente menos —dijo Schyller, muy serio, contemplado, por Malia con toda curiosidad, ya que no sabía adónde quería ir a parar el joven.

El hércules señaló a las pesas.

—¿Por qué no me enseñas tu procedimiento? —invitó, burlón.

—Ahora mismo.

Schyller se acercó a la pareja de esferas, y las contempló unos instantes. Luego, se quedó con los pies por alto, apoyado en la barra por las manos.

—¡Qué tonto! —dijo—. Me ha salido al revés, y me he quedado con los pies por alto. Pero si me tomasen una fotografía, y luego le diesen la vuelta, parecería que estaba sosteniendo las pesas, ¿no es así?

El hércules se echó a reír.

—Tienes humor —dijo—. Yo soy Nvardo —se presentó.

Schyller adoptó la posición normal, y dio su nombre y el de su hermosa acompañante.

—Os vi por la televisión —dijo Nvardo—. Fue algo magnífico... ¿Vais a repetirlo?

—Quizá, si nos arreglamos con el nuevo director. Kfix era algo

tacaño, al menos, para lo que nosotros queremos comprar —respondió Schyller.

—No me gusta nada el nuevo director —confesó el hércules—. Es vano, pedante, pagado de sí mismo… Pero vuestro número merece la pena, y debéis apretarle las clavijas para que pague.

—La muerte de Kfix fue algo lastimoso. ¿Qué le pasó? Porque nosotros estábamos cruzando el alambre, y no pudimos verlo…

—Parece ser que observó alguna deficiencia en la rueda de tensión, y quiso corregirla, pero perdió pie y cayó al valle. Runo estaba a su lado, y no pudo evitarlo. En confianza, no ha habido lágrimas entre el personal. Kfix tampoco tenía muchas simpatías. Era, dicho lisa y llanamente, un capataz de esclavos.

—¿Por qué no formáis sociedad, entre todos los artistas, y explotáis el circo directamente, en lugar de permitir que otros os exploten? —sugirió Schyller—. Las ganancias serían mayores… Pero eso es algo que podemos discutir más tarde. El nuevo director se llama Eghilio, me parece.

—Sí, aunque ahora no está. Un tal Abathos le sustituye provisionalmente, y él será el que dirija el próximo número, que está a punto de ser transmitido.

—Ah, Abathos… ¿No está Eghilio?

—No, y nadie sabe dónde ha ido —respondió Nvardo—. En cuanto a Abathos, ha ido a la Gran Cascada. Se va a proyectar el lanzamiento de una artista. Por lo visto, algo ha fallado en el primitivo proyecto de mujer-cohete.

Schyller procuró ocultar la sorpresa que le causaban aquellas palabras.

—¿Gran Cascada? —repitió—¿Debo entender que es algo arriesgado?

Nvardo se echó a reír.

—Más que arriesgado —contestó—. La Gran Cascada tiene cuatrocientos cincuenta metros de caida vertical, y ella va a saltar, metida en una pelota de goma.

CAPÍTULO X

El aeromóvil volaba vertiginosamente, a la máxima velocidad que Schyller podía extraer a sus motores. Ciertamente, pensaba el joven, la idea de Kfix, de presentar algunos números de circo en lugares arriesgados, había sido buena. En aquellos momentos, calculaba, debía haber millones de personas observando los preparativos de la peligrosísima operación.

Schyller y Malia podían contemplar la catarata en la pantalla de que estaba provista su aparato. La Gran Cascada se hallaba a unos seiscientos kilómetros de la capital. El aeromóvil era transporte subatmosférico, lo que significaba que su velocidad máxima no alcanzaba a la del sonido. Schyller dudaba de llegar a tiempo.

Los objetivos de la cámara mostraban con frecuencia panorámicas de la catarata, un enorme salto de agua, ancho de cien metros, pero con caída libre de casi medio kilómetro. Al pie se veía un extenso lago, con grandes turbulencias en el punto donde caían las aguas. Por muy fuerte que resultase la bola de goma, el solo impacto de la caída, aunque no chocase contra el fondo rocoso del lago, tenía que resultar fatal para la artista.

De pronto, Lura apareció ante las cámaras, saludando al público. La joven vestía una especie de bañador, con el mínimo de tela. A su lado se veía la enorme pelota de goma, en la que iba a realizar el salto. La bola estaba a pocos pasos de la orilla, por donde ya se deslizaban, tumultuosas, veloces, las aguas del río que daba su origen a la catarata.

Lura sonreía. Schyller captó algo mecánico en su sonrisa.

—Está hipnotizada —adivinó.

—Así tiene que ser. Una persona, en estado normal, no cometería esa imprudencia —convino Malia—. Pero, ¿por qué hacen eso. Jan?

—Es bien sencillo. Son números extraordinariamente arriesgados, lo que les confiere un inmenso interés. Y, a más interés, más ganancia. ¡Deben cobrar unos derechos de televisión realmente exorbitantes!

—Y, además, se deshacen de un enemigo.

—Justamente.

Al lado de Lura. estaba Abathos, un sujeto de rostro redondo y cuerpo casi esférico, con piernas muy delgadas, lo que le confería un aspecto sumamente ridículo. Abathos anunciaba la inminencia del espectáculo, en tanto Lura sonreía, y tiraba besos a las cámaras.

Schyller consultó los indicadores. Estaban todavía a cien kilómetros de distancia. Ya no tendrían tiempo de evitar la tragedia. A menos que su amigo Brulto interviniera, como le había prometido...

De pronto, Lura entró en la bola de goma. Malia se espantó.

—¡Ni siquiera lleva traje protector! —dijo.

—Claro, quieren que se mate. Lo calificarán de accidente desgraciado... El artista, legalmente, actúa por su propia voluntad, no lo olvides.

La cámara enfocó una vez más el salto de agua. Era un espectáculo salvajemente grandioso. Pero Lura, pensó Malia, no tenía salvación.

Dos ayudantes unieron las dos mitades de la bola, soldándola luego con una pasta selladora, que solidificaba instantáneamente. La enorme esfera era de color anaranjado vivo, a fin de que resultase bien visible en todo momento de su trayectoria.

Abathos comprobó el perfecto sellado de la bola. Luego, se dirigió a una plataforma algo saliente, situada en el borde y a pocos metros del punto donde se iniciaba la calda. De pronto, hizo una señal

con la mano.

Los ayudantes empujaron la esfera, que empezó a rodar por una suave pendiente que había en aquel lugar. Unos segundos después, la bola cayó al agua.

—Ya no hay remedio —dijo Malia desesperadamente.

La bola dio varias vueltas sobre sí misma. Schyller consultó el indicador de distancias. Aún estaban a cincuenta kilómetros.

Tres minutos de vuelo todavía, dada la velocidad del aparato. Sus manos se crisparon nerviosamente sobre los mandos, mientras que la bola anaranjada se acercaba, con gran rapidez, a la cascada.

Pasaron algunos segundos. De repente, la esfera saltó al vacío.

La cámara enfocó la veloz caída, en medio de la colosal columna de agua, de la que salían espesas nubes de vapor, que a veces ocultaban la imagen de la esfera. Schyller se sintió terriblemente acongojado al pensar en los escasos segundos que le restaban de vida a Lura.

Y, de súbito, ocurrió lo inesperado.

Cuando estaba a cincuenta metros del final de su trayectoria, la bola, mansamente, se salió de la cascada y navegó por sí sola, perdiendo altura muy oblicuamente, hasta posarse en las aguas revueltas, pero ya seguras, que había a más de doscientos metros del final de la catarata. Las cámaras enfocaron aquel singular vuelo, con todo detalle.

—¡Jan! ¿Qué ha pasado? —gritó Malia.

Schyller sonrió.

—¿No te dije que Brulto poseía otras facultades, además de las telepáticas?

—¿Quie…res decir que es capaz de... de sostener algo con el pensamiento? —dijo ella, atónita.

Pero Schyller no contestó; estaba a punto de aterrizar, junto a la plataforma en la cual se hallaba Abathos, no menos sorprendido, por aquel inesperado desenlace, que la propia Malia.

* * *

Schyller saltó al suelo y corrió hacia la plataforma. Los ayudantes hicieron un gesto para detenerle, pero Malia sacó su pistola de aguja.

—¡Atrás! —ordenó.

Abathos, sin saber muy bien todavía lo que había pasado, se volvió hacia los recién llegados.

—¡Schyller! —exclamó.

—Ah, me conoces —sonrió el joven, a la vez que ponía pie en la plataforma—. ¿Te habló Eghilio de mí?

Abathos retrocedió un paso.

—Yo... Bueno, él me dijo...

—¿Por qué no hablas más claro, traidor? Eghilio te dijo que debías ocuparte de Lura, y procurar que muriese. ¿No tenias bastante con el robo de la nave de Malia?

—Escuche, déjeme hablar... Yo le explicaré...

—Pero si todo está clarísimo —rió Schyller—. Todo está explicado, salvo una cosa: el paradero de Bora.

—¿Bora? No sé quién es —dijo Abathos.

—¡Mientes!

—Le juro que digo la verdad... No sé quién es Bora.

Schyller cerró los puños y avanzó hacia Abathos.

—Traidor y asesino, luego también mentiroso —le apostrofó crudamente.

Abathos retrocedió otro paso.

—No sé quién es... —insistió.

De repente, su pie derecho se apoyó en el vacío. Manoteó

desesperadamente, a la vez que emitía un terrible alarido, y cayó de espaldas a la veloz corriente, que lo arrastró sin remisión hacia la bramadora catarata.

Schyller volvió la cabeza a un lado, para no presenciar el fin de un miserable. Pero se sentía terriblemente defraudado, porque había podido darse cuenta de que, pese a todo, Abathos había sido sincero.

Pero ahora convenía atender a Lura. Saltó de la plataforma, y corrió hacia el aeromóvil.

—¡Vamos, Malia! —gritó.

La joven le siguió, en el acto. Instantes después, el aparato descendía en un pronunciado pisado, hacia los prados que había a cuatrocientos cincuenta metros más abajo y a trescientos de la catarata.

En un trozo completamente llano, había una enorme bola de color naranja. Cuando tomaban tierra, una vedija de gas se desprendió de la esfera, y se alejó rápidamente hacia las alturas.

—Gracias, Brulto —dijo Schyller.

Malia comprendió que aquella voluta de humo era Brulto. ¿Qué fantásticos poderes albergaba la mente de aquel ser?, se preguntó, admirada.

Schyller corrió hacia la bola. Vio una especie de asa flexible, y tiró de ella con fuerza. La esfera se rasgó. Lura apareció en su interior, y miró a la pareja con ojos llenos de pasmo.

—Hola —dijo—. ¿Qué haces aquí, Jan?

Schyller pasó una mano por delante de sus ojos.

—¿Te encuentras bien? —preguntó.

—Naturalmente —contestó ella—. He saltado la catarata, y no me ocurrió nada, tal como anuncié... Ha sido un número muy espectacular, aunque yo tendré que contentarme con ver la grabación. —Lura se echó a reír—. Por supuesto, no podía verme a mí misma cuando caía por la cascada...

Schyller agarró su brazo, y tiró de ella hacia el aeromóvil.

—Será mejor que vengas con nosotros —dijo—. ¿Conoces a

Malia de Vronn?

—Hola —sonrió la aludida.

Lura se sentía terriblemente desconcertada.

—Pero... no entiendo...

Schyller hizo que Lura se sentase frente al televisor del aparato, que disponía de grabadora automática, cuyas imágenes podían luego proyectarse en la misma pantalla. Momentos más tarde, Lura veía la caída de la esfera y su inexplicable desviación, cuando estaba a cincuenta metros del final de su aterradora trayectoria.

—Eso..., eso no es normal —dijo Lura, cuando terminó la proyección.

—¿Encuentras normal estar en Jiphorad, en lugar de Dioricq? ¿Te parece corriente haberte convertido en una artista circense, abandonando tu puesto de Directora de Orden, en Dioricq?

Lura se pasó una mano por la frente.

—Algo me ha pasado —murmuró—. Trato de recordar... y sólo encuentro niebla en mi mente...

—Jan, ¿por qué no la llevas a Brulto? —sugirió Malia—. Tal vez el narcótico que le dieron es demasiado potente para ser contrarrestado por medios normales.

—No es mala idea —admitió el joven—, Pero eso es algo que deberás hacer tú misma; yo estaré ocupado en otra cosa.

—¿Querrá recibirme Brulto? —dudó Malia.

—No te preocupes. Háblale, cuéntale lo sucedido, y él sabrá darte la solución.

—¿Qué harás tú, mientras tanto. Jan?

—Simplemente, averiguar el paradero de Bora —respondió Schyller.

* * *

—Sigues empleando mal tu fuerza muscular —dijo Schyller.

Nvardo se disponía a alzar las dos pesas, y miró al joven sonriendo.

—No irás a hacerme otro truco, como antes —exclamó.

—Ahora lo haría sin trampa —contestó Schyller—. ¿Qué te ha parecido el numerito de la bola tripulada?

—Había truco.

Nvardo hizo una mueca de desdén. Con la punta de su bota, golpeó una de las enormes bolas de hierro.

—Aquí no hay truco —añadió.

—¿De veras?

Schyller se inclinó, agarró la barra central con una sola mano, y levantó las dos bolas más arriba de su cabeza, sin ninguna dificultad. Luego, lanzó las pesas al aire, de modo que quedasen en posición vertical, y recogió la más próxima con la yema del dedo índice.

Nvardo se tapó los ojos con una mano.

—Estoy soñando —dijo.

—Abre bien los ojos, hombre —rió Schyller, satisfecho, porque Brulto le había comunicado parte de sus fantásticos poderes, mediante una llamada telepática—. Mira. Nvardo.

El hércules se tambaleó.

—Apártate —gimió.

Schyller dejó las bolas en el suelo.

—Todo es truco, cuando se sabe hacer —dijo—. Cualquier rato te enseñaré el mío. A cambio de una cosa, claro.

—¿Qué es lo que pides? —preguntó Nvardo ansiosamente.

—¿Conoces al nuevo director?

Nvardo torció el gesto.

—Estaba más a gusto con Kfix, que ya es decir —contestó.

—Ya me lo imagino, pero, dime, ¿dónde está ahora?

—La verdad, no tengo la menor idea. Sólo sé que se marchó para preparar un nuevo número. En medio de todo, es preciso reconocer que Kfix tuvo una buena idea, al programar las atracciones por medio de la televisión. La cantidad de espectadores ha aumentado considerablemente...

—Sí, pero, ¿dónde está Eghilio?

—El único que podría saberlo, tal vez, es el gerente, que era hombre de confianza de Kfix. Se llama Kivo, y, si lo deseas, te indicaré su alojamiento.

—Te lo agradeceré, Nvardo.

—Ven conmigo, Jan.

Los dos hombres echaron a andar entre el abigarrado conjunto de instalaciones del circo. Mientras caminaban, Nvardo dijo:

—He oído, pero no estoy muy seguro, que Eghilio está preparando un número completamente nuevo.

—¿Sí? —dijo Schyller distraídamente.

—Creo que va a ser una especie de lucha a muerte, algo que no se había visto hasta ahora. Claro que se trata de dos animales: un tigre bicéfalo y un simio unicornio.

Schyller se quedó helado. Tal vez su acompañante no había visto jamás a Bora, pero lo que sí parecía seguro era que la confundía con un ser irracional... con una bestia que iba a luchar con el más feroz de los animales conocidos hasta entonces.

De pronto, antes de que pudiera decir nada, Nvardo le señaló un barracón de lujoso aspecto.

—Ahí está la oficina de Kivo, el gerente —indicó.

CAPÍTULO XI

Schyller llamó a la puerta. Alguien, desde el interior dijo:

—¡Adelante!

El joven abrió, encontrándose de inmediato en una oficina agradablemente decorada. Detrás de una mesa de trabajo, de diseño estremecedoramente futurista, había un hombre de mediana edad, casi calvo y de nariz aguileña.

—Hola, Jan Schyller —dijo Kivo.

—¿Me conoce? —preguntó el terrestre.

Kivo sonrió.

—Aún más: le esperaba —contestó—. Pero cierre, por favor.

Schyller obedeció. De pronto, se dio cuenta de que había una caja fuerte abierta de par en par, y numerosos papeles esparcidos por el suelo, entre los que se veían algunos fajos de billetes. También había cierta cantidad de monedas y hasta un par de libros, con las hojas arrancadas en parte.

—No parece que su secretaria sea muy eficiente en lo que

concierne al orden —comentó Schyller.

—Lo he hecho yo —dijo Kivo.

—Oh, se ha puesto furioso por algo…

—Me he puesto furioso porque he sorprendido a un ladrón robando en mi despacho, y he tenido que disparar contra él.

La mano derecha de Kivo surgió de pronto, armada con una de aquellas pistolas que disparaban proyectiles tan delgados como una aguja, pero que, al penetrar en la carne, explotaban con tremenda potencia, causando terribles destrozos.

—El ladrón soy yo —adivinó Schyller.

—Exactamente.

—Sabía que iba a venir, ¿no?

—Tarde o temprano, eso es lo que sucedería. Me lo avisó Eghilio.

—Un tipo astuto. ¿Le gusta más, como jefe, que Kfix?

—Juraría que es más inteligente. Al menos, con Eghilio voy a ganar más,

—Así debe de ser, cuando quiere liquidarme. Pero, en su lugar, yo no olvidaría que he conseguido salvar a Lura, sin contar con que supe atravesar el valle.

—Dos hazañas muy notables, a fe —admitió Kivo, sin pestañear —, Pero dígame, ¿puede hacer algo contra una pistola que ya está encarada a su estómago?

—Kivo, no le voy a decir que el arma está descargada, porque nunca me gusta emplear trucos impropios de la inteligencia de mis adversarios. Pero le apuesto todos esos billetes a que antes de diez minutos me ha dicho usted dónde están Eghilio y Bora.

—¿De veras? ¿Cree que estará vivo dentro de diez minutos?

—Tengo mucha más seguridad en mi futuro, que usted en el suyo —dijo Schyller.

Y, de repente, se convirtió en un borroso torbellino, una mancha

multicolor, que giraba a velocidad increíble, movida por una fuerza inexplicable, en la que no se advertía el menor rastro de forma humana.

Sorprendido, Kivo disparó cuatro o cinco veces. Aquel torbellino repelió los proyectiles, que fueron a estrellarse contra las paredes, con sordos chasquidos. De pronto, Kivo notó que le arrebataban el arma,

Schyller se materializó a sus espaldas, y agarró los dos brazos, a la altura de las muñecas, echándolos hacia atrás, a la vez que los levantaba casi verticalmente.

—Kivo, deberías conocer algo sobre las cualidades de los nativos de Warner-9 —dijo—. Poseen una mente poderosísima, que les permite triunfar sobre las limitaciones de su cuerpo, pero eso no es todo. Cuando un warmeriano tiene un amigo, le traspasa sus facultades, si éste lo necesita verdaderamente, y para un asunto de toda justicia, ¿Lo sabías?

Kivo lanzó un gemido.

—Me hace daño —se quejó.

—Claro que te hago daño —rió Schyller—. Pero eres un tipo afortunado; ahora estoy actuando como un ser humano. Si me portase como un warmeriano, estarías convertido en pulpa, He repelido tus proyectiles, de modo que imagínate lo que te sucedería si empezase a girar de nuevo.

Los pocos pelos que Kivo tenía aún, se pusieron de punta.

—¡No, no lo haga! —gritó, aterrado.

—Muy bien, en tal caso, dime dónde está Bora.

—No lo sé...

—Kivo, estoy perdiendo la paciencia. ¿Quieres que empiece por romperte los dos brazos?

Schyller tiró de las muñecas del sujeto hacia arriba. Al hallarse los brazos situados a la espalda, Kivo sintió un dolor intensísimo.

—Basta, basta... Lo diré... —gimió.

—Bien, habla —ordenó Schyller perentoriamente.

—El combate se va a celebrar… en la jungla de Squdor-Hin… Hay un lugar especialmente despejado al pie de las colinas del lado Oeste…

Schyller ya no quiso oír más. Empujó a su prisionero hacia la puerta, y abrió con una sola mano. Nvardo parpadeó, al verles.

—¿Qué sucede? —preguntó,

—Asómate un momento —indicó Schyller.

El hércules obedeció. Segundos después, volvía a salir, completamente desconcertado.

—¿Qué ha pasado ahí? —preguntó.

—Kivo estaba aguardándome. Iba a simular un robo. Me mataría, pero, oficialmente, sólo habría disparado contra un ladrón.

—Creo que comprendo —dijo Nvardo—. ¿Qué vas a hacer con él?

Schyller sonrió.

—¿Es muy amigo tuyo? —preguntó.

Nvardo hizo una mueca.

—No suelo conceder mi amistad a las ratas—contestó—, A decir verdad, si muere, no lo llorará nadie.

—Nvardo, ¿por qué no os asociáis para dirigir el circo vosotros mismos, en lugar de mantener a unos parásitos como Eghilio y este despreciable sujeto? Es una sugerencia amistosa, claro; que la tomes en cuenta o no, es cosa tuya. Pero yo tengo que irme pronto, y no puedo ayudarte en este sentido.

—Expulsaremos a Kivo del circo —aseguró el forzudo.

—¡No podéis! —chilló Kivo—. Vuestro contrato…

—Déjamelo —pidió Nvardo—. Voy a romperle unos cuantos huesos, hasta que diga que el contrato está cancelado.

—Espera un poco —dijo Schyller, sonriendo.

Miró a su alrededor. A unos doscientos metros de distancia,

había una cuadrilla de funambulistas, entrenándose en el alambre, a cuarenta metros de altura, con la red protectora debajo. De pronto, Schyller agarró a Kivo por la cintura, lo levantó sobre su cabeza, tomó algo de carrerilla, y lo lanzó hacia adelante con todas sus fuerzas.

Kivo aulló mientras volaba como un proyectil humano. Los funambulistas suspendieron su trabajo, al oír aquel alarido. Segundos después, Kivo caía sobre la red. Rebotó unas cuantas veces, acercándose cada vez más al borde, hasta que saltó fuera, y cayó al suelo, en donde quedó encogido, gimiendo de terror.

Nvardo contempló al joven, con infinita admiración.

—Esto es algo que jamás había visto —declaró, pasmado—. Oye, Jan, si quisieras unirte a nosotros, te forrarías. ,

Schyller se echó a reír. Puso una mano en el hombro de su amigo, y contestó:

—Tengo algo más importante que hacer. Además, estas facultades son solamente eventuales. Algún día te explicaré de dónde me viene esta fuerza.

—Sí, me gustaría saberlo. Pero, ¿por qué diablos te interesa tanto esa mona crestuda? ¿Qué importa su lucha con el tigre?

—Nvardo, la figura, en un ser humano, es lo de menos —dijo Schyller, muy serio.

El hércules abrió la boca, atónito por aquella revelación.

—Nunca se me hubiera ocurrido...

—A veces pasan esas cosas —se despidió Schyller, con la sonrisa en los labios.

Schyller entró en la habitación, con un papel enrollado en la mano. Tendida sobre un diván, se hallaba Lura, junto a la cual se veía a Malia, ofreciéndole una bebida.

—Hola —saludó la muchacha—. ¿Cómo ha ido todo?

—Bien, no puedo quejarme. Lura, ¿qué tal te encuentras?

—Diríase que... acabo de despertar de un sueño... —contestó la aludida.

—El narcótico que le aplicaron era muy fuerte y, además, estuvo sometida a sus efectos durante muchos días —explicó Malia—, Brulto, que la ha examinado, asegura que estará completamente repuesta antes de una semana.

Schyller sonrió.

—Esa es una buena noticia —dijo.

—Esa está sufriendo los efectos de la droga anuladora del narcótico, que nos ha indicado Brulto. Pero pronto habrá recobrado su antigua forma física y mental.

—Me alegro muchísimo, Lura. En Dioricq se alegrarán de recobrar a su Directora de Orden. Les estás haciendo falta.

—Dimitiré —aseguró Lura—. ¿Qué clase de Directora de Orden *soy* yo, que me dejo capturar como un chiquillo de pocos años?

—Tú no sospechabas de Eghilio, ¿verdad?

—No, y aún no comprendo por qué lo hizo. No me pidió rescate ni dijo que me mataría...

—Sin embargo, lo intentó, aunque, claro está, procurando obtener el máximo de beneficio. Siempre gusta compaginar el placer con la ganancia.

—¿Qué ganancia iba a sacar de mi muerte? —preguntó Lura.

—Supongo que él mismo nos lo dirá, cuando le pongamos la mano encima. Malia, tengo la impresión de que nuestras tribulaciones están a punto de acabar.

—¿Sí? Sería maravilloso —exclamó la muchacha.

—Has conseguido averiguar dónde está Bora —adivinó Lura.

—Por lo menos, dónde estará la semana próxima, que es cuando se celebrará su combate con un tigre bicéfalo.

Malia se quedó sin aliento.

—¿Cómo? ¿Pretenden hacerla pelear con semejante fiera? —dijo, vivamente indignada.

—Así es, y hasta conozco el lugar donde se efectuará ese

combate, pero lo que no se me alcanzan, en absoluto, son los motivos de Eghilio. Si tan mal quiere a Bora, ¿por qué no cortarle el cuello, y acabar de una vez?

—¿Por qué no lo hizo con Lura?

Schyller se pellizcó el labio inferior.

—Aparte de las gemas gigantes, hay otro misterio que no alcanzo a comprender —dijo—. Pero, sea como sea, es preciso impedir el combate.

—Tú sabes el lugar dónde se efectuará —dijo Lura.

—Sí, la jungla de Squdor-Hin, al pie de las colinas del lado Oeste. Aquí traigo un mapa de Jiphorad...

—Jan, ese mapa no te sirve en absoluto —le interrumpió Lura—. La jungla de Squdor-Hin está en el propio Dioricq.

Schyller se quedó estupefacto.

—Dioricq —repitió—. Pero hay más de una semana de viaje...

—Sí —confirmó Lura.

—Lo cual significaba que no llegaremos a tiempo de impedir el combate —añadió Malia.

Schyller guardó silencio durante unos minutos. De pronto, furioso, tiró el mapa a un lado.

—Y yo que creí que... —dijo, mientras empezaba a pasearse nerviosamente por la estancia—. Claro que debía haber calculado que Eghilio buscaría un terreno favorable para él, aunque no luche de un modo directo. Pero, en el mejor de los casos, nos costaría diez días llegar a Dioricq.

—El tiempo exacto de vuelo son doscientas cincuenta y dos horas, más algunos minutos —dijo Malia.

—Diez días y medio. El combate se efectuará dentro de siete. Eso significa que Eghilio nos entretuvo aquí, mientras él volvía a Dioricq.

—Exactamente.

De nuevo sobrevino otro intervalo de silencio. Súbitamente, Schyller se volvió hacia la muchacha.

—Malia, ocúpate de alistar la nave —dijo—. Tenlo todo preparado para despegar dentro de una hora.

—¿Adónde vas? —preguntó ella.

—Tengo que luchar con Eghilio, y necesito armas suplementarias. Brulto me ayudará otra vez —contestó. Schyller, mientras hacía girar el pomo de la puerta.

CAPÍTULO XII

La nave volaba raudamente por el espacio. En la cabina de mandos, Malia contemplaba ansiosamente la esfera del tiempo galáctico.

Lura estaba sentada a su lado. Las dos mujeres se sentían terriblemente nerviosas, porque el momento del combate se acercaba ya. Estaba finalizando el séptimo día, y aún se hallaban a tres y medio de Dioricq.

Había una gran pantalla en la cabina, la cual captaba ya las imágenes provenientes de la jungla de Squdor-Hin. Malia contemplaba aquellos gigantescos árboles, rodeados, la mayoría, por una espesa vegetación, la cual apenas si permitía entrever las colinas que cerraban la selva por uno de sus lados. De cuando en cuando, las cámaras efectuaban un "barrido”, a fin de que los espectadores pudieran apreciar por completo el lugar donde iba a efectuarse la lucha que, según se había anunciado, sólo terminaría con la victoria de uno de los contendientes.

A fin de que los adversarios no pudieran huir, se había instalado un altísimo vallado de red de alambre, ligeramente electrificada, lo que rechazaría de modo inevitable al que retrocediese. Malia se preguntó cómo podía existir tanta perversión, pero era un hecho real

que debía admitir, dejando su solución para más adelante.

De pronto, un rostro humano apareció en la pantalla.

—¡Eghilio! —exclamó Lura.

Malia inclinó el busto hacia adelante. Eghilio, sonriente, seguro de sí mismo, pronunció un pomposo discurso, anunciando el más famoso combate que jamás había visto ni vería nadie después, porque no se volvería a repetir. Luego, las cámaras, sucesivamente, enfocaron a Bora y al tigre, ambos encerrados en sendas jaulas, con puertas que daban al interior del recinto vallado.

—Es curioso —dijo Malia—, Cuando yo estuve con los habitantes de Vulcania, los vi amistosos, mucho más animados... Bora, en cambio, aparece triste, como abandonada a su suerte...

—Eso se llama nostalgia del hogar perdido —contestó Lura.

—Sí, yo también lo creo así. Pero, ¿dónde está Jan?

—En su cámara. Se fue hace rato.

Malia se puso en pie.

—Voy a avisarle —anuncié—. Seguramente, no querrá presenciar el combate, pero creo que debo decírselo.

Lura asintió. Malia abandonó la cabina, cruzó un pasillo y se detuvo ante una puerta.

Llamó un par de veces. Cuando se dio cuenta de que Schyller no contestaba abrió, a la vez que gritaba su nombre:

—¡Jan!

Malia frunció el ceño. Incluso, dominando cierto pudor, se asomó al lavabo, pero tampoco encontró allí al joven.

—¡Lura! —exclamó, mientras volvía a la cabina—. Jan no está en su cámara...

—¿Has mirado en el resto de la nave?

—No, pero lo haré ahora mismo.

—Date prisa —dijo Laura—. Faltan menos de dos minutos.

Malia señaló una tecla del cuadro de mandos.

—Es el interruptor general de los altavoces —indicó—. Llama a Jan.

Lura obedeció, pero sus llamadas se perdieron estérilmente. De pronto, lanzó un agudo grito:

—¡Malia, ven, pronto; la pelea va a empezar!

La muchacha volvió de nuevo a la cabina de mandos. De repente, las dos mujeres vieron algo que les hizo creer que estaban soñando.

—Jan —murmuró Lura.

—Es... imposible... —tartamudeó Malia—. No hace dos horas... estaba todavía aquí..., y aún estamos a ochenta y cuatro horas de viaje...

Pero ninguna de las dos mujeres soñaba ni veía visiones. En la pantalla acababa de aparecer la figura de Jan Schyller, justamente en el instante en que los ayudantes de Eghilio abrían las puertas de las jaulas y empujaban a Bora y a su oponente, el tigre bicéfalo, con la ayuda de largas pértigas, rematadas en agudos pinchos.

Eghilio parpadeó al ver surgir del suelo una nubecilla de gas, que giraba vertiginosamente, como un torbellino de polvo, un par de segundos más tarde, la nubecilla se transformó en una figura humana.

En el mismo instante, se abrían las puertas de las jaulas. Schyller miró a derecha e izquierda, y no tardó en divisar a Eghilio, en cuyo rostro se advertía la más completa estupefacción. Lo mismo les sucedía a sus ayudantes.

Pero el bicéfalo asomaba ya, gruñendo sordamente, a la vez que movía la cola con evidentes síntomas amenazadores, Tambaleándose, como atontada, Bora apareció por el lado opuesto, a treinta pasos de distancia,

—¡Está loco! —gritó Eghilio—. No podrá impedir la pelea...

Schyller no le hacía caso. Toda su atención estaba concentrada en el tigre bicéfalo. Ya había vencido a uno, en cierta ocasión, y ahora estaba seguro de repetir la hazaña.

Pero, de repente, el tigre abandonó su postura belicosa. y trotó suavemente hacia el joven. Un segundo más tarde, se frotaba contra sus piernas, a la vez que ronroneaba placenteramente.

—Amigo—dijo Schyller, sonriendo—. Me has reconocido.

El tigre emitió un doble maullido de contento. Schyller acarició suavemente la cabeza más cercana, y luego se volvió hacia Bora.

—No temas —dijo.

Bora asintió lentamente. A continuación, Schyller emitió una orden, destinada al tigre:

—Quieto ahí.

El felino se tendió mansamente en el suelo. Eghilio no había reaccionado todavía.

Súbitamente, Schyller se lanzó contra la valla, rompiéndola con poderoso impacto, como si hubiera estado hecha de tela de araña. Eghilio lanzó un agudo chillido, y sus ayudantes corrieron a situarse entre él y su atacante, poniendo en ristre sus largas pértigas.

A los pies de Schyller habla un grueso cable. Era el que suministraba energía a las cámaras de televisión. Schyller se agachó, recogió el cable con ambas manos, y lo partió de un tirón. Hubo un fortísimo chispazo y la transmisión se cortó instantáneamente.

—¡Condenado tonto! —se enojó Malia, a ochenta y cuatro horas de distancia—. Nos priva de ver lo mejor.

Eghilio sonrió.

—Me gusta lo que has hecho —dijo—. De este modo, nadie verá cómo te ensartamos. ¡Vamos, a él!

Cuatro hombres se lanzaron hacia adelante, dispuestos a atravesar el cuerpo de Schyller, con sus pértigas puntiagudas. Inesperadamente, Schyller dio un enorme salto vertical, de más de seis metros de altura.

Los ayudantes, desconcertados, pasaron de largo. Schyller descendió al suelo, arrancó una pértiga de las manos de su dueño y, volviéndola del revés, empezó a usarla como una estaca.

Pero era una estaca que se movía velozmente, de modo que era

imposible seguirla con la vista. Segundos más tarde, cuatro hombres rodaban sobre la hierba, gimiendo y quejándose a voz en cuello, con más de un hueso roto y sangrando por algunos lugares de su anatomía.

Libre de sus atacantes, Schyller giró en redondo.

—A ellos los has vencido, pero no a mí —dijo Eghilio, apuntándole con una pistola.

Schyller sonrió desdeñosamente.

—Eghilio, por fin he adivinado tu plan —dijo—. El consejo de Directores de Dioricq quiere tomar a Vulcania como su protectorado, para evitar que el planeta sea invadido por ladrones y especuladores de tu clase. Tú trataste de evitar ese proyecto, secuestrando a Lura. Querías forzar a los Directores a claudicar, amenazando con matarla, si no cedían a tus pretensiones, pero, por fortuna, ese consejo esté compuesto por personas que no ceden a chantajistas ni a asesinos. Este ha sido tu primer fallo, ya que, además, debes saber, por si lo ignoras, que Lura está sana y salva.

—No he tenido unos ayudantes demasiado eficientes —se quejó Eghilio.

—Han hecho lo que les ha resultado posible, pero, claro está, no contaban conmigo, aunque si contabas tú con la traición de un tipo llamado Abathos, quien, al parecer, te habló de las gemas gigantes de Vulcania. Abathos, más que capital, que lo habría obtenido con la venta de la astronave de Malia, necesitaba una poderosa organización, la ayuda de un hombre de gran relieve económico y financiero. Pero se equivocó contigo, como se equivocó al secuestrar a Bora… y se equivocó al aceptar tu plan de asociarte con Kfix, un magnífico pretexto para poder viajar por todas partes, sin despertar sospechas.

—Parece que lo sabes todo, Jan Schyller —observó Eghilio—. ¿Sabes siquiera el momento en que saldrá el primer proyectil de mi pistola?

—No tardará mucho, pero lo mismo pensaba Kivo, y ya ves, estoy aquí —sonrió el terrestre.

—A Kivo le faltaba experiencia.

—No lo dudes. Pero aún has cometido otro error, incluso mayor que el primero. Cuando Abathos y su pandilla de rufianes, por encargo

tuyo, secuestraron a Bora, lo hiciste porque querías obligar a esas gentes a que te indicasen el lugar donde se encuentra el yacimiento de piedras preciosas gigantes. No conocías bien la idiosincrasia de los Urduks. En primer lugar, sólo regalan piedras preciosas a quienes consideran verdaderamente sus amigos. En segundo lugar, sólo luchan por preservar su propia existencia, cuando la ven muy seriamente amenazada. Y, en tercer lugar, jamás ceden a presiones externas, si el que las ejecuta, no tiene razón, sea cual fuere la fuerza que vaya a emplear. ¿Comprendes ahora por qué Bora ha observado siempre una actitud pasiva? Si el tigre no fuese mi amigo, porque ya le vencí una vez, Bora se habría dejado devorar, antes que acceder a tus pretensiones. La cosa habría sido distinta, de tratarse de un combate natural por la supervivencia, y no de una pelea convenida de antemano, para diversión de millones de espectadores y ganancia de tu bolsa..., además de ofrecerte una total cobertura para tus planes.

—Eres un magnífico orador —rió Eghilio—. Sí, todo eso que has dicho es cierto, pero, ¿de qué te va a servir haberlo adivinado? Ahora te mataré y, de una forma u otra, conseguiré mis propósitos....

Súbitamente, se oyó un agudísimo chillido, un grito de tremenda estridencia, con unas notas que jamás había oído antes ninguno de los presentes. Eghilio se sobresaltó.

Volvió la cabeza. Casi en el mismo instante, Schyller hizo volar la pistola de su mano, con un poderoso zarpazo.

Una fracción de segundo después, una forma oscura cargó contra Eghilio. Bora parecía haber enloquecido. En su frente se veía un asta de más de un palmo de longitud.

El asta penetró profundamente bajo la barbilla de Eghilio, cortando en seco su grito de terror, que se convirtió en el acto en un inhumano gorgoteo. Luego, Bora movió la cabeza con espantosa violencia, y el cadáver de Eghilio voló unos metros por el aire, antes de caer sobre la hierba.

El tigre rugió doblemente. Schyller se volvió. Los ayudantes de Eghilio, aterrorizados, se agolpaban contra los restos de la valla, como buscando protección contra los ataques del felino.

—Si se están quietos, no les sucederá nada —dijo Schyller.

Luego, se volvió hacia Bora.

—Algunas de las cosas que dije sobre la idiosincrasia de los

Urduks, no parecen muy acertadas —sonrió.

En la ancha boca de Bora se formó algo que parecía una sonrisa,

—También atacamos a quienes pretenden hacer daño a nuestros amigos —contestó.

—Vaya —resopló el joven—; yo creía que no hablabas nuestro idioma.

—La figura no afecta a la inteligencia —contestó ella—. Mientras estuve secuestrada, me sobró tiempo para aprender tu lengua. Y también he podido darme cuenta de que es preciso cambiar algunas de las costumbres Urduks..., pero eso es cosa que ya se irán haciendo con el tiempo.

—Tendrás que discutirlo con Wudo —dijo Schyller.

—Wudo aceptará mis sugerencias al respecto —afirmó Bora, muy segura de lo que decía. Y Schyller empezó a preguntarse si el país de los Urduks, no se regía por un sistema matriarcal, en el que las hembras llevaban la voz cantante. Pero la política interna Urduk no era asunto suyo, pensó.

—No te perdonaré nunca haber roto el cable de energía — dijo Malia, algunos días más tarde, en una de las salas de la residencia de Lura.

—Había cosas que no convenía se hicieran públicas, al menos por el momento —sonrió él.

—Pero lo hiciste en el momento culminante...

—Empiezo a darme cuenta de que tienes un espíritu sádico —manifestó Schyller—. Te gusta la sangre, la lucha... Creo que no me convienes como esposa, Malia.

—¡Pero si no me has pedido que me case contigo, Jan! —protestó ella.

—Bueno, es que después de lo que he oído...

Malia se le acercó, ronroneando suavemente, y se colgó de su cuello.

—Seré una esposa dulce, cariñosa, que se ocupará exclusivamente de su maridito y...

—¿Interrumpimos? —sonó, de pronto, la voz de Lura.

Schyller y Malia se separaron en el acto. Lura entraba en la sala, acompañando a Bora. Lura vestía su uniforme habitual.

—Os necesito —dijo.

—¿Sí? Precisamente ahora que pensábamos en un viaje de novios —se quejó Schyller.

—¿Quién dice que no lo podéis hacer? Lo único que quiero es que acompañéis a Bora hasta su país, como enviados de Dioricq. Ella misma lo ha sugerido y, francamente, no encontraría mejores acompañantes.

Schyller se inclinó profundamente.

—Aceptamos gustosos —dijo.

—Además, debéis cobrar la recompensa —dijo Bora.

—¿Qué haremos con un saco lleno de piedras preciosas? —dijo Schyller.

Lura soltó una alegre carcajada.

—Podéis guardarme unas cuantas —sugirió.

Schyller pasó un brazo por la cintura de Malia.

—Ella vale más que todas las piedras preciosas —exclamó.

Los ojos de Lura se entornaron. Suspiró melancólicamente.

—Sí, tienes toda la razón —murmuró.

FIN

DESDE AHORA
EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
publica en calidad de
NOVEDAD EXCLUSIVA
en sus series
CENTAURO y
OESTE LEGENDARIO
las primeras ediciones
de las obras de
M. L. ESTEFANIA
el autor mundialmente famoso
que a través de sus relatos
llenos de fuerza y colorido,
ha sabido prestar nueva vida
a los esforzados personajes
que forjaron la leyenda del
viejo y salvaje Oeste.



APARICION SEMANAL
ASEGURE LA RESERVA
DE SU EJEMPLAR



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 18 PTAS.